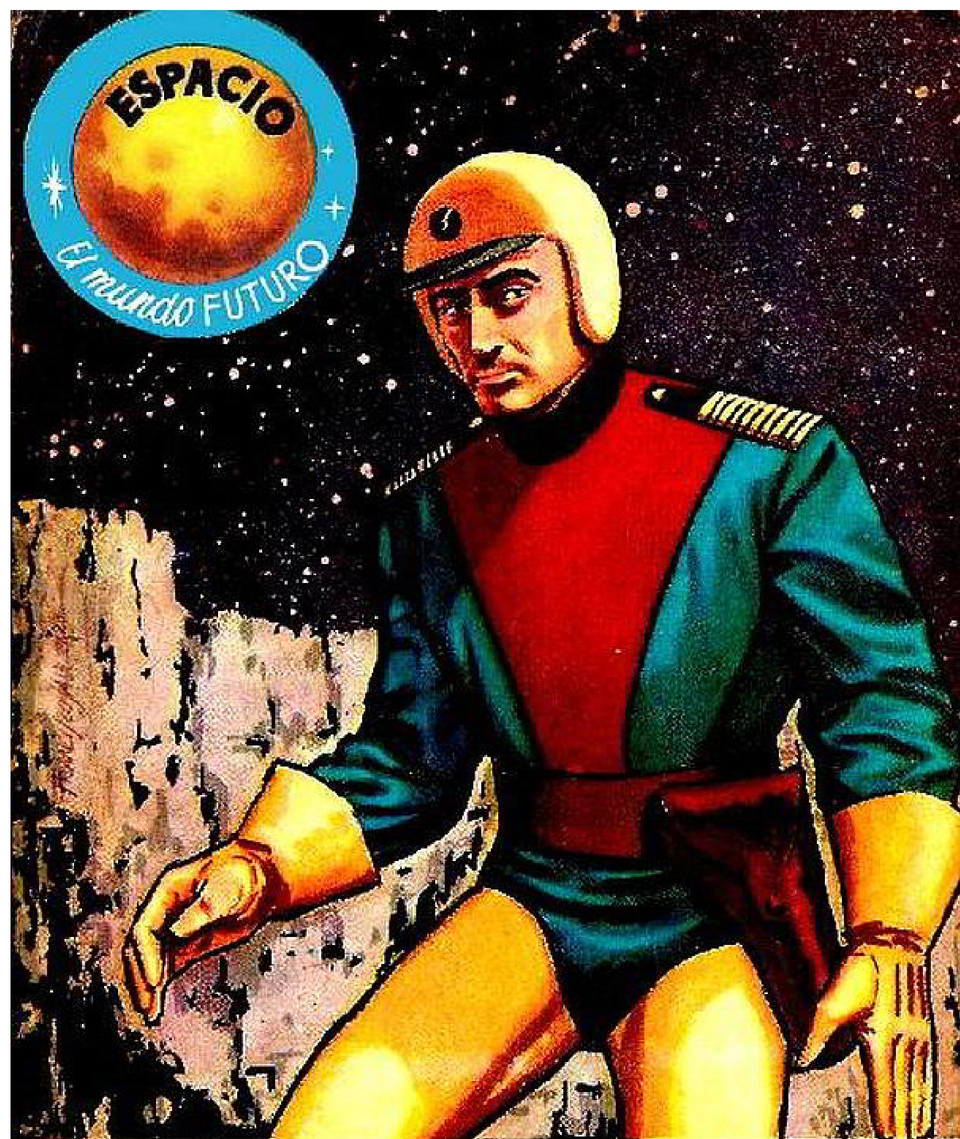


¿SOY HOMBRE... O ROBOT?

JOHNNY GARLAND

He cumplido recientemente los veintiocho años. Soy, pues un hombre joven.

También soy fuerte, atlético. He participado en la Olimpíada de 1996, e incluso obtuve una medalla de plata en mi especialidad. Claro que de eso hace ya casi cuatro años.

Acabamos de entrar en el Siglo XXI. El bendito, el esperado, el fantástico año dos mil, que los escritores de anticipación situaran como centro neurálgico de sus fantasías. El año dos mil, que el espectacular Nostradamus citara como fecha del fin del mundo, está ya aquí.

¿Será la última fecha del mundo?



Johnny Garland

¿Soy hombre… o robot?

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 237

ePub r1.0

LDS 01.12.18

Título original: *¿Soy hombre… o robot?*
Johnny Garland, 1960
Cubierta: Francisco Javier
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



PRÓLOGO

«No sé cómo pudo suceder».

No sé siquiera por qué llegó a ocurrir… y por qué tuve que ser yo el elegido por la fatalidad. Lo que sí sé es que ya es imposible evitarlo. No sólo es. Sino que también es imposible retroceder, huir a esta pesadilla, a este horror.

Todo está perdido. Perdido para mí, naturalmente. No puedo hacer nada. Nada en absoluto.

Resulta una idea horrible, enloquecedora. Es como saberse metido en un cerco alucinante, estremecedor, del que jamás nada ni nadie será capaz de sacarle a uno. Éste es el instante más pavoroso y desolador de todos los que un ser humano pudo vivir a lo largo de la existencia del hombre sobre la Tierra.

Me contemplo en el gran espejo metálico situado frente a mí. Desde la raíz de mis cabellos negros y rebeldes, hasta mis largas y musculosas piernas. Mi alta figura de atleta parece la misma de siempre, la que he tenido durante toda la vida. Mi rostro, de color bronce y ojos pardos, es el que a lo largo de los años me ha devuelto invariablemente el espejo, o una superficie de agua en calma. No hay nada diferente en él.

Y, sin embargo…

Sin embargo, yo sé que no hay nada igual. Que toda esta apariencia puede ser la gran mentira de un horror sin límites…

Acabo de despedir a Ethel. Quizás para siempre, no sé. Ella lo ignora. He leído en sus ojos el amor de siempre. ¿O tal vez no? Durante un segundo me ha parecido ver en su expresión la sombra de una sospecha, de una duda, de un recelo indefinible…

Por un momento he tenido miedo. Miedo a que ella «sepa»…

Haré lo que sea preciso porque ella siga ignorando la verdad. Y si lo inevitable ha de suceder, si todo esto ha de concluir donde yo temo, por lo menos que Ethel quede al margen. Que no le toque la

helada mano de algo mil veces peor que la misma muerte.

Porque morir, a fin de cuentas, es hallar un poco la paz eterna. Y seguir viviendo, viviendo «con esto que yo sé», es el infierno, la desesperación, la angustia y el horror, como inseparables compañeros de la humana existencia.

Quisiera evitarlo de alguna manera. Quisiera combatir. Combatir contra ti, maldito horror. Pero no puedo. No puedo hacer nada…

Me he apartado del espejo. Me cubro el rostro con las manos. Trato de pensar, de pensar en algo que no sea este círculo siniestro y atroz que me rodea, que se estrecha, como un cinturón de hierro, hasta oprimirme en forma asfixiante…

A veces, pensar algo cuesta mucho. Cuesta demasiado esfuerzo. Tal vez he creído que mi cerebro era capaz de ir mucho más lejos de su auténtico límite. Lo humano tiene unas fronteras. Fronteras que acaso no debí jamás traspasar.

Porque no tenía derecho a ello. Porque fui en principio demasiado audaz… y después excesivamente cobarde.

Por todo ello, ocurre esto ahora. Por todo ello, yo voy a hundirme en la eterna condenación espiritual y física… por todo ello, Ethel puede seguirme a la vorágine tenebrosa y sin fin, terriblemente negra, terriblemente infinita, y, en definitiva, por todo ello, la raza humana, el total de los seres que pueblan este mundo, pueden ir a esa misma sima espantosa, escalofriante, adonde yo temo ir… a donde, en realidad, estoy ya lanzado, me siento sumergido.

Inevitablemente. Fatalmente.

¿Qué me espera en su final? ¿Qué hay allá en el fondo de todo?

No lo sé. No sé nada de nada.

Sólo sé que estoy viajando. Viajando hacia lo ignorado. Hacía lo imposible. Hacia un lugar del que, tal vez, jamás se vuelve a la humana condición y a la palpable realidad que hemos aprendido a conocer, a vivir, a contemplar día a día…

Tal vez me lo merezco. Pero Ethel, no. Ella merece algo mejor, mucho mejor.

Yo no puedo hacer ya nada. Ne puedo evitarlo. No puedo luchar.

Es tarde. Demasiado tarde ya…

Y en este momento supremo, de angustia infinita de horror sin límites, una pregunta, una sola pregunta lacerante, estremecedora,

asalta mi enloquecido cerebro:

—Dios mío… Yo… ¿qué soy? ¿Soy hombre… o robot?


¿SOY HOMBRE
O ROBOT?

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

YO

I



e llamo Ken Edwards.

He cumplido recientemente los veintiocho años. Soy, pues un hombre joven.

También soy fuerte, atlético. He participado en la Olimpíada de 1996, e incluso obtuve una medalla de plata en mi especialidad. Claro que de eso hace ya casi cuatro años.

Acabamos de entrar en el Siglo XXI. El bendito, el esperado, el fantástico año dos mil, que los escritores de anticipación situaran como centro neurálgico de sus fantasías. El año dos mil, que el espectacular Nostradamus citara como fecha del fin del mundo, está

ya aquí.

¿Será la última fecha del mundo?

Hoy, doce de enero del año 2000 de la Era Cristiana, yo, Ken Edwards, confío en que las predicciones fatalistas para nuestra época, se diluirán como simple espuma del oleaje marino al estrellarse en un acantilado. El mundo parece más sólido que nunca, la civilización humana ha progresado hasta límites insospechados, y nada parece predecir, ni siquiera de lejos, un cataclismo que nos haga temer por nuestras vidas y nuestro mundo. Todo aparece normal. Las grandes ciudades son hoy auténticas metrópolis de esplendor, de progreso y de perfección. La iluminación solar condensada; la calefacción de calles, edificios y jardines artificiales; las amplias vías urbanas, de tersa superficie de asfaltometal; los edificios simétricos, lineales, esbeltos y prodigiosos, las grandes azoteas y terrazas asomadas a la ciudad, con el revoltijo en espiral de las interminables rutas aéreas, en torno a los rascacielos verticales; los puentes colgantes, sobre los ríos y canales de tráfico fluvial. Absolutamente todo, hasta los mismos campos extensos, delimitados, aprovechados al máximo para progreso de los hombres, gracias sobre todo a la utilización de personal especializado, que sólo tiene su admisión en la sociedad como elementos puramente campesinos, que en modo alguno pueden emigrar a la ciudad, denota una supercivilización perfectamente estructurada y administrada.

El riesgo de las guerras ha desaparecido casi totalmente. No es fácil ahora, entre Federaciones Continentales, de idénticas miras e intereses comunes, dentro de la Superfederación Universal, que abarca incluso a la Luna, Marte y Venus, únicos mundos alcanzados por el hombre hasta hoy, hallar la semilla trágica, ambiciosa y siniestra que provoque una escalofriante contienda.

Hoy, año 2000, primero del Siglo XXI después de Jesucristo, la guerra sería rápida y feroz. Las máquinas de matar, aparentemente olvidadas, resurgirían con terrible potencia, para liquidar mutuamente los países, las ciudades, absolutamente todo lo que ha costado casi treinta años arreglar, después, de la última y estúpida guerra entre las potencias que, por entonces, eran las más fuertes de la Tierra. Y cuyo gran error fue pretender seguir siéndolo… o llegar a más todavía.

Se aniquilaron por completo. Hoy día no existen ya con sus nombres. Hay, eso sí, la Federación Americana, que llega desde el Estrecho de Behring hasta el Cabo de Hornos, en la Tierra de Fuego. Los Estados Federales de Eurasia, que alcanzan un área fabulosa, desde la costa atlántica de Europa hasta las costas del Pacífico, en la antigua China, la desaparecida Rusia y las islas del Japón, absorbido todo por el novísimo sistema. Aparte esas dos grandes extensiones federales, están las otras dos Federaciones de Estados Africanos y de Oceanía.

La dura enseñanza parece haber hecho mella en el actual sistema mundial, recuerdo de las dos potencias que fueron orgullo del mundo poco después de la mitad del siglo XX, les hace ser prudentes a los actuales Gobiernos Federales. El mundo respira paz y progreso. Parece imposible que pueda suceder ahora nada.

Y, sin embargo, el hombre, siempre ciego y necio ante el peligro, volverá a cometer los eternos errores. Volverá a llamar hacia sí a la destrucción, al Apocalipsis.

El modo no importa. La forma en que ello suceda es lo de menos. Lo realmente terrible es que nunca aprenderemos a protegernos. Ni siquiera de nuestras propias debilidades, de nuestras eternas lacras de pecados capitales…

La soberbia, especialmente, seguirá destruyendo vidas, aniquilando almas…

Porque aunque estemos en el siglo XXI, nosotros continuamos siendo los mismos. Y nuestros errores, eternamente iguales, a cada año que transcurre, tienen más terribles e insospechadas consecuencias.

Como aquel error que estaba a punto de cometerse. Y que nadie, ni yo mismo, podía sospechar.

A pesar de que yo, Ken Edwards, fui el principal culpable de todo…

II

—Existe gran sequía en la zona Sur del Amazonas, Tenemos varios radiogramas especiales de urgencia, solicitando la intervención del Departamento de Meteorología del Espacio.

—Entiendo, señor. ¿Vamos a intervenir, entonces?

—Sí, Edwards, Tome usted los equipos de lluvia artificial, y embarque en el «Delfín Z». Vuele hasta la Zona 17 Sur del Amazonas, y actúe. Creo que conviene salga cuanto antes.

—A la orden, señor.

Saludó militarmente a Damon Kraff, jefe del
D. E. M. E.
(Departamento Especial de Meteorología del Espacio). Luego abandonó el despacho.

—¿Algo nuevo, Edwards? —preguntó la joven y pelirroja Myrna, guiñándole un ojo con picardía, desde su mesa de mecanógrafa.

—Lo de siempre, preciosa —rió Ken, inclinándose para darle un suave cachete en la mejilla—. Órdenes del jefe. Hay que mojar un poco la tierra seca de un lugar muy lejano, Myrna. ¿Quieres acompañarme?

—Lo haría encantada, Ken —ella lanzó una breve risita seductora, inclinando su belicoso busto sobre la máquina de escribir electrónica—. Pero ¿qué diría tu novia si se enterase de ello?

—Cielos, es cierto. —Ken se llevó las manos a la cabeza, en cómico gesto de escándalo—. Me había olvidado de que soy un hombre en vísperas de casarse.

—Oh, Ken, eres un tipo incorregible. —Myrna suspiró—. Si fuera yo la novia, te ataría con una cadena bien gruesa, para que no hicieras el pillo por ahí…

—¿De veras, preciosa? —Ponderó su figura sinuosa, con aire crítico, desde sus esculturales piernas hasta el cabello rojo y abundante—. No me disgustaría estar sujeto a ti por una cadena…, pero no por toda una vida. Es demasiado tiempo…, aun con una chica tan llena de encantos como tú.

—¡Eres un cínico! —chilló ella, arrojándole con ira un pisapapeles, que rozó muy de cerca la cabeza de Ken, y se perdió en el corredor, con escalofriante ruido—. ¡Te mereces que Ethel te dé la patada y te envié muy lejos!

—Haría mal —rió Ken, ya en la puerta—. ¿Dónde iba a encontrar un tipo como yo?

Y, con un saludo burlón, cerró tras de sí la puerta, alejándose de la oficina.

Myrna respiró con fuerza, luchando por dominar su enfado. Luego musitó, rabiosa:

—¡El muy granuja! Lástima que sea tan guapo, tan arrogante… y tan seductor.

Para olvidar un poco su irritación, pulsó el resorte de marcha de la máquina electrónica, y ésta comenzó de nuevo a teclear por sí sola, copiando lo que Myrna iba leyendo ante el fonograbador.

III

Ken Edwards rebasó el Amazonas a la altura de Manaos. Sobrevoló una amplia zona de espesa vegetación, alimentada por el riego del caudaloso río. Pero más abajo comenzaban las tierras áridas, en medio de un cerco de vegetación, modernísimas urbes del antiguo Brasil, hoy Estado Federal de Brasilia adherido a la Federación Americana.

Allí era donde los afluentes amazónicos discurrían ahora con escaso cauce, debido a la poca abundancia de lluvias y al deficiente riego de éstas, cuando existían.

El «Delfín Z», con su aguda y centelleante proa perforando el azul, sobre las tierras del sur americano, era como un extraño pez plateado y rojo en el mar de oxígeno, como una singular ave sin alas, sobrevolando la zona afectada por la sequía.

Pueblos y pequeñas ciudades, allá al fondo, en una región que el sol tropical batía violentamente, sin nubes que presagiaran siquiera una esperanzadora precipitación de agua para la sedienta tierra y los abatidos campesinos, salpicaban las extensiones ahora secas.

Ken Edwards manipuló los mandos expertamente. Raseó, en un vuelo hábil, las copas frondosas de los árboles que delimitaban el páramo tropical, y una vez sobre el lugar que los mapas aéreos señalaban como «Zona 17 Sur del Amazonas», en el sistema trazado por los expertos y pilotos del Servicio Meteorológico, situó la nave en punto muerto.

Lo mismo que los vetustos helicópteros, el «Delfín Z» pertenecía a esa clase de naves espaciales, vulgares en el siglo XXI, que podían estabilizarse en pleno aire, suspendidas materialmente, sin desplazarse y también sin perder altura o sin sufrir alteración su posición fija.

Ken fijó el piloto automático de la nave. Ahora el «Delfín Z» era una auténtica plataforma volante, un punto suspendido en el

espacio, a escasa distancia de tierra, y también en el lugar preciso donde acostumbraban a situarse los densos nublados que luego provocaban las lluvias.

Se incorporó, caminando hasta la parte posterior de la nave. Allí, una puerta herméticamente cerrada indicaba: *«Prohibido el paso al personal ajeno al —Material meteorológico*

D. E. M. E.

».

Presionó el resorte electrónico y la puerta se deslizó a un lado. Ken Edwards, el técnico meteorólogo, entró en la cabina destinada a su trabajo.

Un curioso mecanismo, de complicada estructura, dotado de diversas esferas graduadas, apareció ante él. A cualquier profano en la materia le hubiese parecido un mecanismo asombroso, capaz de crear algo anómalo y temible.

En realidad, distaba mucho de ser eso. Pero hubiera resultado, sin embargo, un mecanismo asombroso, para las gentes de pasadas generaciones. Aquel prodigio de la técnica terrestre era un «creador artificial de clima».

Ken situó sus cinco indicadores graduados en un punto marcado: «Lluvia». Luego accionó un barómetro artificial, un indicador de humedad y un mecanismo complejo de medición acuosa, situándolo en determinada cifra. Después de todo esto, conectó el aparato, pulsó unos resortes, y esperó, con la vista fija en las esferas graduadas, donde lentamente iban girando las agujas indicadoras, mientras un zumbido sordo, prolongado, partía de la sorprendente máquina.

En torno al «Delfín Z» se formó una fuerte y densa corriente de aire húmedo. Espesos chorros de vapor brotaron de los «turbocreadores» de la nave meteorológica.

Abajo, en los pueblos y ciudades, donde la aparición del rojo y plateado vehículo del espacio debía de haber sido acogida con grandes exclamaciones y vítores, por el febril pueblo sediento, debieron ahora de entusiasmarse ante la aparición de las densas volutas blancas o grises, que en vez de disolverse en el aire, se condensaron, gracias a la temperatura y a la graduación de humedad creada artificialmente por el «Delfín Z», hasta formar un nublado poco antes inexistente, una espesa masa artificial de nubes,

que creció y creció en forma increíble hasta cubrir por completo el celaje, incluso ocultando al «Delfín Z» por completo.

La lluvia no tardó en llegar.

Exactamente diez minutos más tarde, una torrencial cortina de agua, creada por la acción del «Delfín Z» y sus mecanismos de meteorología, en las condiciones naturales de la atmósfera terrestre, se abatía sobre la tierra antes ardiente y seca. Una lluvia que, según el barómetro de a bordo, y dada la nulidad de las corrientes de aire en la zona tropical, duraría varias horas, resolviendo el grave problema, en otros tiempos insoluble, de las prolongadas y agotadoras sequías.

Ken Edwards sonrió, contemplando el milagro, o lo que en otros tiempos anteriores lo hubiese podido parecer. Puso de nuevo en marcha el «Delfín Z», mientras abría el receptor de radio.

—Lluvia conseguida —le informaron del Observatorio Meteorológico del Amazonas—. Gracias, amigo…

—Siempre a vuestra entera disposición, muchachos —rió Ken, al micrófono—. Cuando se os estropeen las máquinas frigoríficas y necesitéis unos ricos helados, acordaos de papá Edwards. Os serviré gustoso una buena ración de nieve, aun en pleno verano.

En la base receptora del Observatorio rieron su ocurrencia. Conocían a Ken Edwards. En realidad, poca gente no conocía al audaz y burlón meteorólogo. Ken era un técnico agudo, inteligente y decidido. Una mezcla asombrosa de inteligencia, cinismo, simpatía y valor suicida. A muchos les parecía un desvergonzado, a otros un muchacho con sentido cáustico del humor y con absoluto desprecio a la vida. Pero todos estaban de acuerdo en algo: era el mejor hombre del Departamento Especial de Meteorología del Espacio. Y un personaje acogido siempre cordialmente en todas partes donde su presencia era necesaria.

Ken tripuló el «Delfín Z» vertiginosamente, de regreso a su base. La esbelta y roja nave de aguda proa de plata, sobrevoló territorios y regiones, en ascendente nivel, que crecía proporcionalmente a la velocidad. El vehículo meteorológico era capaz de desarrollar enormes velocidades, y de alcanzar a los planetas, si así se precisaba por razones de seguridad universal.

En más de una ocasión, el experto Edwards había provocado una sequía en Marte, cuando las tormentas pavorosas, tan frecuentes en

el mundo marciano, amenazaban con destruir las colonias terrestres extendidas por la superficie del rojo planeta.

Las brumas peligrosas de Venus habían sido también diluidas por corrientes de aires huracanados, creadas por el «Delfín Z», su nave en todas las expediciones de urgencia meteorológica.

Así en la Tierra o en cualquier otro lugar del espacio dominado por los hombres, la acción benéfica y extraordinaria de Ken Edwards llegaba siempre en toda su fuerza.

Ken respiró, mientras la nave regresaba a su base. Estaba pensando en Ethel. Ella estaría como siempre, esperándole allí. Faltaba muy poco tiempo para que se casaran. Ken le había prometido a Ethel abandonar el Servicio Meteorológico cuando aquello ocurriera.

Estaba realizando su último año de labor meteorológica. En el 2001, sería ya el esposo de la bella Ethel Munro.

Ya tenían su residencia en Monte Astral. Un edificio con todas las comodidades y confort del siglo XXI. Ken estaba escribiendo un volumen con sus propias impresiones, en los vuelos meteorológicos espaciales, con aventuras, anécdotas y sucedidos. Lo publicaría cuando se retirase, tras la boda con Ethel. También era posible que la Cadena WAX de Televisión Internacional realizara una serie de films con su obra. De cualquier modo, a un hombre como Ken le sobrarían medios de seguir viviendo, aun sin depender del Servicio Meteorológico. Si él seguía en aquello era por pura vocación, por un afán de hacer el bien. Pero ese humanitarismo de Ken, él mismo cuidaba de ocultarlo, con su capa de cinismo y de sarcástica ironía, que tanto molestaba a muchos.

Ethel no era de las que menos se irritaban por su modo de ser. Además a Ken le gustaban todas las chicas. No le parecía un grave defecto, después de todo. Era hombre, y admiraba la belleza en el sexo opuesto. Por desgracia para él, la mujer del año 2000 era de una perfección física. La fealdad parecía haber desaparecido de la Tierra, gracias a Dios, o aquélla era la opinión privada de Ken Edwards. Otra de las cosas que, lógicamente, molestaban a Ethel.

Pero, en el fondo, Ken amaba a su prometida. Ahora mismo, mientras el delfín «Z» surcaba la estratosfera, acercándose a lejana base en escasos minutos de vuelo supersónico, iba pensando en ella, en su rubia y majestosa belleza, en sus grandes ojos verdes, en su

sonrisa cautivadora y su voz cálida y profunda, capaz de sumirle en un influjo casi hipnótico, cuando susurraba frases ardientes de amor…

Ken Edwards podía ser un cínico. Pero estaba enamorado.

CAPÍTULO II

ETHEL

I


e han Llegado referencias de tu última aventura al sur del Amazonas. Ha sido algo maravilloso, increíblemente rápido. La gente se libró de una grave situación, gracias a tu pericia en esa tarea…

—Oh, no tiene la importancia que le da la gente. En el año dos mil no es cosa de magia precisamente crear climas artificiales.

—Pero hace falta habilidad, para ello.

—Eso sí, Ethel. Sin embargo, la habilidad es una de las cosas que pueden pedirnos a los hombres que trabajamos para los Servicios Meteorológicos. Para eso estamos, a fin de cuentas…

Ethel Munro asintió lentamente. Era una muchacha de largos cabellos dorados, de una belleza totalmente fuera de lo común. Algo prodigioso, digno de que todos los hombres se sintieran cautivados por su encanto.

Ken había dicho muchas veces que el mayor mal de Ethel, era el estar enamorada de un tipo como él. Era, como todas las suyas, una observación cínica. Pero bastante sincera y real.

Hubo una pausa, al final de la cual, Ethel se volvió despacio a Ken. Y le habló:

—Sé cuánto te importan esas cuestiones. Sé que sientes en lo más hondo tu profesión, y te pregunta lo mismo que tantas otras veces te dije antes: ¿serás capaz de abandonar todo eso… por mí y por el hogar que hemos de crear juntos, Ken?

—Todas las veces que me lo preguntaste mi respuesta fue igual. Si voy a casarme contigo, si voy a dejar la tarea… es señal de que, ciertamente, estoy dispuesto a ello.

—Es que mis dudas, Ken, van mucho más allá de lo que tú estás dispuesto a hacer. No es eso lo que me preocupa, sino saber si, realmente… lo harás.

—Ethel, ¿tanto dudas de mí?

—Sí —confesó ella lealmente.

—Bueno. Tendré que confirmártelo con hechos. Si antes de nuestra boda me aparto del Departamento Meteorológico, de una forma definitiva, ¿me creerás entonces?

Ethel, sorprendida, le miró vivamente. Digirió la sugerencia con dificultad.

—¿Antes… de la boda? ¿Es cierto lo que dices, Ken?

—Sí, Ethel —sonrió Edwards—. Es una prueba de mi amor, de mi seguridad en lo que tengo resuelto, por encima de todas las aficiones propias y de todas las tentaciones futuras. Quiero ser tu marido, dejar todo esto. Vivir a tu lado, trabajar en algo que no signifique riesgo ni alejamiento constante. ¿Vas a creerme?

—Té creeré, Ken, si realmente haces lo que has prometido ahora.

—Tienes mi palabra, Ethel. Fijaremos la fecha de la boda. Y dos meses antes, fíjate bien, dos meses antes de esa fecha, yo dejaré mi labor en el Departamento Meteorológico.

—¡Oh, Ken, sería maravilloso! —Se detuvo un momento. Le

miró, inquieta—. Pero… pero tú y yo sabemos que hay muy pocos especializados en tu trabajo. Y menos aún que se atrevan a realizar las misiones de auténtica importancia y gravedad, las que requieren una labor urgente, decidida e inmediata. Ken, sabes bien que les va a ser muy difícil encontrar un sustituto.

—Eso no me importa a mí, Ethel. No es problema personal nuestro, sino de ellos. Que busquen. No hay duda que sobrarán buenos pilotos y expertos meteorólogos, capaces de realizar mi misma tarea. Pero ése no es el caso. Si yo renuncio a mi cargo, todo lo que siga es cosa suya. No son niños, y sabrán salir adelante.

Ethel dijo:

—Ken, sé que intentarán por todos los medios retenerte, que insistirán con obstinación para que sigas con ellos…

—La decisión está tomada, Ethel —sonrió Ken.

—Y tú sabes bien cuál es. Lo demás no cuenta ya para ti ni para mí…

—Oh, si eso fuera cierto…, realmente cierto…

—Lo es. Lo va a ser en breve —la besó cálidamente en los labios, inclinándose hacia ella—. Ya sabes: dos meses antes de nuestra boda…

—Sí, Ken. ¿Crees que puedo olvidar fácilmente tus palabras?

Y le devolvió el beso con pasión.

II

Damon Kraff escuchó en silencio. Luego movió la cabeza de modo afirmativo.

—Le entiendo, Edwards. Le entiendo perfectamente. Usted ha elegido su camino. Y obra en consecuencia. ¿Está firmemente dispuesto a pedir la baja del Cuerpo?

—Sí, señor…

—Muy bien. El Departamento de Meteorología Espacial se la concederá en la fecha que solicite. ¿Cuándo será ésta? He oído que se casa dentro de dos meses…

—Cierto, señor. Mi baja quiero que sea… para mañana.

—¡Mañana! —El jefe del Departamento de Meteorología, Damon Kraff, pegó un respingo. Su mirada, al fijarse en Ken Edwards, reflejaba inmensa incredulidad—. ¿Está seguro de que es eso lo que

quiere?

—Sí, señor. Tengo entendido que nuestros reglamentos nos fijan la fecha exacta en que podemos darnos de baja. Justamente veinticuatro horas después del momento de la presentación ante los superiores. Es lo que yo pido, señor…

—Entiendo. —Kraff inclinó la cabeza, pensativo. Su tono fue seco, poco amable al responder, tras un silencio—: Usted apela al reglamento estricto. Y tenemos que concederle lo que pide, porque es legal y justo. Muy bien, Edwards. Tendrá su baja. No debo decirle lo mucho que le necesitamos. Pero desea abandonar el Cuerpo. Y la razón está de su parte. De modo que se hará como dice.

—Señor, espero que mi demanda no sea un inconveniente para ustedes. Yo he prometido a mi novia darme de baja dos meses antes de la boda, y debo cumplir mi palabra. Ella no aprueba esta labor mía aquí, y tal vez tenga razón.

—Huelgan las explicaciones, Edwards —el tono de Kraff era helado ahora—. Tiene concedido lo que pide. Puede retirarse.

Ken observó la hostilidad en el tono de su interlocutor. No respondió. No dijo absolutamente nada. Saludó militarmente, y abandonó el despacho.

Sabía que su decisión había dolido hondamente a su jefe. También a él le causaba daño el sacrificio. Pero una promesa era una promesa. No quería que Ethel pudiera culparle de falsario ni de embustero.

Ahora, cumplido su compromiso, se sentía mejor. A pesar de que la renuncia a aquella labor anónima y esforzada, a bordo de una nave, en pro del bienestar de los pueblos y de las tierras que producían, significase para él un tremendo sacrificio, una dolorosa retirada que los demás nunca entenderían.

Pero Ethel era ante todo. Ella tenía derecho a pedirle algún sacrificio, alguna renuncia voluntaria.

Una mujer, un hogar, una vida común en el futuro, exigía compensaciones. Cuanto más penosas y difíciles fueran, más mérito tendrían. Y más sólida sería la base de esa unión.

Por ello, a pesar del amargo trance, no estaba, arrepentido. Era lo que tenía que hacer. Y lo había hecho.

Cuando subió a su supermóvil a reacción, lanzándose, por las

espirales de las pistas aéreas urbanas, en vertiginosa carrera, sonreía satisfecho. Ahora podría demostrarle a Ethel que absolutamente todo, aparte ella misma, era secundario en su vida.

III

—Nunca lo hubiera creído, Ken… Ni siquiera cuando me lo dijiste anteayer, pude imaginar que hoy ya serías ya un hombre libre, un hombre desligado por completo al Departamento Meteorológico… Ahora eres un ser como todos los demás. Un hombre normal, que no tendrá que abandonarme para ir a solucionar problemas del tiempo en la Tierra, en Marte o en Venus.

—Te lo prometí, Ethel. Y yo puedo ser muy alocado, pero una promesa es siempre una promesa. Ahora ya estás tranquila, ¿no es cierto?

—Sí, Ken. Ahora ya estoy tranquila.

Ethel Munro caminó lentamente por la galería porcheada, que asomaba su barandilla a la vista fascinada de la ciudad.

La gran metrópoli ardía de luces y esplendor a sus pies, desde los canales surcados por las largas naves cuajadas de ventanas iluminadas, hasta la cima de las torres urbanas, auténticos rascacielos agudos y verticales, verdaderas agujas hacia el azul cobalto de la noche, salpicada de miríadas de astros centelleantes.

—Pues siempre lo estarás, Ethel. —Ken se situó junto a ella. La brisa fresca de la noche azotó su rostro y agitó suavemente sus cabellos. Pegó su cara a la de Ethel, que miraba a la noche de la gran ciudad, reflejando en sus hermosas pupilas la radiante luz urbana—. Creo que un hombre, cuando elige la chica con quien ha de casarse, debe saber renunciar a aquello que llenó su existencia antes del matrimonio. Después de todo, eres tú quien a partir de ahora llenará mi vida. Solamente tú…

Se miraron profunda e intensamente a los ojos. Se acercaron sus rostros y se unieron sus bocas. Ken sintió la intensidad y el calor de aquel contacto.

Cuando apartó su cabeza, los ojos de ella brillaban intensamente. Parecían simas profundas en las que fuera fácil hundirse, olvidándose de todo.

—Te quiero, Ethel… —susurró.

—Te amo, Ken… —musitó ella, en cálida respuesta.

Luego reinó el silencio. Parecía que ninguno se atreviera a quebrar aquel silencio hecho de esperanzas, de sentimientos y de ilusiones. Pensaban en sí mismos, en su futuro, unidos por el amor y la fe en el común esfuerzo.

Fue entonces, quizá, cuando se decidió el destino de Ken Edwards.

Pero ni él ni Ethel podían sospecharlo. Tampoco imaginaron, cuando allá, en el gabinete que habían dejado a sus espaldas, tras las vidrieras de la galería, sonó el zumbido sordo del radioteléfono previsto de pantalla visora.

Ambos se quedaron quietos un momento. Luego sus miradas confluyeron en el gabinete. Se repitió el zumbido de llamada.

—Llaman —susurró Ken—. Debe ser para ti.

—No sé —confesó ella, encogiéndose de hombros en ademán indiferente—. No espero ninguna llamada por ahora.

—Sin embargo, están llamando —dijo Ken, cuando un tercer zumbido llegó a sus oídos—. Puede ser un error.

—Podríamos dejarle que sonara —rió ella, divertida—. Si se equivocan, no nos habrán interrumpido este momento, Ken. Este maravilloso momento…

—Ethel…, puede no ser un error. Tienes familiares, parientes. Suponte que sucede algo. Algo urgente.

Ella suspiró, asintiendo. Se movió hacia el gabinete.

—Tienes razón —admitió—. Voy a ver lo que es. Creo que no puede uno cerrar los oídos a lo evidente. No sería justo.

Regresaron al gabinete. La azotea asomada a la gran ciudad, las luces y los ruidos quedaron tras ellos cuando cruzaron la vidriera, Ethel atravesó la sala, levantó el auricular y preguntó:

Escuchó en silencio. El hombre de la pantalla era completamente desconocido para Ethel. Ken le contempló y apretó los labios. Él le conocía sobradamente bien. Por eso no le sorprendió cuando Ethel, con expresión contrariada y gesto de sorpresa, se volvió hacia él, tendiéndole el radioteléfono, e informó:

—Es para ti, Ken. Al parecer, suponían que estabas aquí. Es… «muy urgente».

Ken eludió su mirada. Tomó el auricular y vio la alteración del rostro de su interlocutor en la pantalla fluorescente. Ethel era muy

observadora; resultaba evidente que también lo advirtió.

—Yo soy Ken Edwards —refirió el joven—. ¿Qué sucede? ¿Quién llama?

—Aquí Dolan, del Servicio Meteorológico, Sección de Urgencia —refirió el hombre de la pantalla—. Ha ocurrido algo horrible, Ken…

—Un momento, Dolan —cortó Ken fríamente—. No pertenezco ya al Cuerpo. ¿Por qué me llamas, a mí?

—Ya sé que no eres de los nuestros, Ken. Pero es algo terrible. ¡Te necesitamos!

—Te repito, Dolan, que…

—Espera. Espera un instante, por favor —pidió Dolan con voz suplicante—. Es muy urgente. Cuestión de vida o muerte… para miles de personas.

—¿Qué quieres decir?

—Se trata de un tifón que amenaza alcanzar la Costa del Pacífico antes del amanecer. Se ha empezado la evacuación. Pero las lluvias han sido tan fuertes que han destruido las aeropistas, y la gente ha de huir por los caminos de tierra, reblandecidos también por el temporal. No resistirán el paso de tanta gente, y eso les retendrá inevitablemente en la zona del desastre. No tienen tiempo de huir todos, ni medios humanos para hacerlo. Las aeronaves federales no pueden sobrevolar el temporal, y mucho menos arrostrar el tifón inmediato. No existen pilotos capaces de tal cosa en la navegación civil aérea. ¿Te das cuenta de la magnitud de la catástrofe que va a suceder?

—Sí, pero… yo no soy de los vuestros ya, Dolan. Ayer renuncié a mi cargo. No me liga nada al Departamento Meteorológico.

—¡Cielos, Ken, lo sé muy bien! Pero esto es una excepción, una emergencia de terribles consecuencias. ¡Si tú no tripulas el «Delfín Z» nadie podrá salvar a esa gente!

—Hay otros pilotos especializados, Dolan, No estoy yo sólo en el mundo.

—Hay otros pilotos, sí… —La faz de Dolan se crispó, sombría—. ¿Pero sabes que todos, absolutamente todos, se han negado a ir, porque tienen el convencimiento de que son incapaces de luchar contra un tifón, y también de evitar que éste se abata sobre la costa?

Hubo un silencio. Edwards cambió una mirada nerviosa con Ethel. Ella le contemplaba fijamente. Ken cubrió el auricular, la miró y dijo:

—Es una llamada de urgencia, Ethel. Hay muchas vidas en juego…

—¿Otra vez a cambiar el tiempo? Preguntó ella con voz fría.

—Sí. Pero en esta ocasión…

—Ken —cortó ella—. Me has prometido no volver. Sabía que esto tenía que ocurrir. Se acordarían de ti al menor conflicto. Es una prueba que has de pasar. Si ahora no sabes negarte, nunca sabrás hacerlo. ¡Y seguirás haciéndolo cuando seas mi marido!

—Ethel, esta vez creo que…

—¡Ken, por el amor de Dios! —apremió la voz tensa de Dolan—. ¿Qué resuelves?

—Haz lo que quieras. No sé lo que ocurre, ni me importa —el tono de Ethel era tajante—. Pero si vas adonde te piden… ¡significará que hemos roto nuestro compromiso!

—¡Ethel!

—Total y definitivamente, Ken Edwards —sostuvo ella. Y Ken sabía cómo era Ethel cuando mantenía seriamente una cosa así. Sus dedos tocaron el anillo de «áureum» que rodeaba su dedo anular—. Ahora…, decide.

—Ken, en este momento llega otro mensaje urgente de la costa del Pacífico. —Dolan, en la pantalla del visor, mostró un despacho cablegráfico. Lo leyó: «Puentes carreteras tierra hundidos temporal y crecidas aguas. Gentes desaparecidas, Único piloto Servicio Meteorológico, Frank Neumann, voluntario para el servicio, desaparecido con la nave "Titán R". Caos absoluto. Perdidas esperanzas»…

—¡Dios mío…! —Ken musitó roncamente la exclamación. Ethel, ignorando lo que le estaba refiriendo Dolan, a quien sólo veía gesticular por el visor, esperaba, dispuesta a arrancarse el anillo. No serviría de nada que argumentase con ella. Ni siquiera querría oírle.

Como había dicho, era una prueba. Una tremenda prueba. No tenía, obligación material ni legal de hacer nada, Ya era un ciudadano cualquiera. El Servicio Meteorológico no podía forzarle a nada.

Pero aquellas vidas, aquellos millares de seres, entre los que se

contaban ancianos, mujeres, niños… aquéllos sí exigían. Y exigían algo rápido, inmediato, apremiante…

—Está bien, Dolan —dijo lentamente, apretando los labios—. Ya sabes lo que te he dicho antes. No pertenezco a vuestro Cuerpo. No debo ceder ante nada para volver a las andadas… ¡pero voy a ir a la costa del Pacifico con el «Delfín Z»! ¡Ahora mismo!

El rostro demudado de Dolan se transfiguró en la pantalla. Una sonrisa amplia, una luz de esperanza asomó a sus ojos, borrando la sombría expresión anterior.

—¡Dios te bendiga, Ken! —murmuró con fervor.

Todo lo contrario de lo que sucedió en Ethel, cuya tensión hizo crisis. Una crisis deprimente, desmoralizadora. Se arrancó de un tirón el anillo y lo arrojó por encima del parapeto de la terraza asomada a la gran ciudad. El pequeño aro de áureum —el oro de gran dureza y calidad, hallado en el año 1985, en el planeta Marte — se perdió en el vacío.

—¡Éste es el fin, Ken! ¡El fin entre tú y yo! —dijo, con acento seco.

—Ethel, trata de comprender —pidió Ken—. En un lugar del mundo, miles de seres esperan que yo…

—¡No me importa esa gente! ¡No me importa nadie…, sino tú y yo misma! ¡Teníamos derecho ya a ser felices, a olvidar que existe el resto de la humanidad, para vivir un instante, nuestra propia existencia! ¡Y tú lo has roto todo, Ken! ¡Harías siempre lo mismo! ¡Surgiría una llamada urgente tras otra… y continuarías yendo en pos de misiones arriesgadas que no te corresponden ya…, hasta que un día no volvieses! Y yo me quedaría llorando tu pérdida para siempre. ¿Crees que es justo? ¿Crees que hay derecho a labrar mi infortunio, sólo porque otros padecen males, y piensan que solamente tú eres capaz de resolvérselos?

—Ethel, reflexiona y…

—Está todo reflexionado. Vete, Ken. Hemos terminado para siempre…

Era ya la decisión inapelable de Ethel Munro. Ken lo sabía. Y lo aceptó.

Además, no había mucho tiempo disponible, si quería que, por lo menos, algunos millares de seros humanos se librasen de la muerte, a cambio de su íntimo sacrificio, de la renuncia final a su

propio futuro, a su hogar y a su afecto.

—Muy bien, Ethel —susurró, avanzando hacia la puerta—. Tú lo has querido…

Salió precipitadamente de allí. Sus pasos se perdieron a través del apartamento. Se cerró con suavidad la puerta deslizante de la vivienda. Ethel Munro cayó en un diván, bañada en llanto.

Ken Edwards salió de la casa por el Nivel Doce, tomó un aeromóvil y se lanzó vertiginosamente hacia el aeropuerto meteorológico.

El «Delfín Z» esperaba allí. Y, con él, de nuevo, la lucha. Con él, el fracaso de muchas ilusiones íntimas.

Ken Edwards podía ser un cínico. Pero, llegado el momento, había sabido elegir entre sí mismo y la humanidad.

CAPÍTULO III

DEPRESIÓN

I


etroceda inmediatamente, «Delfín Z»! ¡Regrese a su base! ¡El tifón está frente a las costas! ¡Imposible actuar ya! ¡Todo está perdido!

Ken apretó los labios, con su característico gesto de energía y decisión. Sus ojos, tras las gafas protectoras de vuelo, contemplaron la escena que confirmaba aquel aviso urgente da la radio de a bordo.

La costa del Pacífico parecía un mundo de pesadilla, un angustioso caos mundial. Los millares de seres, pululando por rutas diversas, pugnando por atravesar en vano los grandes puentes rotos,

parecían la raza humana en pleno, intentando salvarse del Nuevo Diluvio Universal, del día postrero de la especie del Hombre sobre la Tierra.

Y allá, mientras las aguas enfurecidas rasgaban los diques protectores metálicos de tierra, penetrando en enormes cortinas de agua y espuma, que todo lo arrollaban, la negra y turbulenta sombra del tifón se cernía como una columna de humo negro, girando sobre las aguas, creando un pavoroso y terrorífico embudo que engullirla cuanto hallara a su paso.

Ken Edwards respondió a la llamada urgente de la Base:

—Imposible retroceder, señor. Estoy frente a la costa, sobre el área del tifón… Creo que si ahora no luchamos contra él, ya nada se podrá intentar después…

—¡Edwards, regrese! —aulló el jefe de puesto del aeropuerto—. ¡Es una orden! ¡No arriesgue en vano su vida! ¡Vuelva añora mismo, abandónelo todo! Ya ha hecho bastante. No puede lanzarse a un suicidio cierto. No se lo permitiremos. ¡Vamos, vuelva!

Ken Edwards sonrió duramente. Cerró de golpe el conmutador de la radio. Los auriculares quedaron silenciosos. Dentro del «Delfín Z» solamente se percibió el silbido de los nucleorreactores y pavoroso estruendo de la hecatombe, allá abajo.

Sus potentes faros de luz infrarroja, para los que estaban adaptadas sus gafas de cristales especiales, iluminaban el dantesco panorama de la costa. Se dijo que el fin del Mundo no sería mucho peor que aquello, el día que llegase.

Situó al «Delfín Z» en el rumbo preciso. Directo al tifón. Luego aplicó el piloto automático. La aguda nave perforó la negrura siniestra de la noche, lanzándose hacia el centro mismo del tifón.

Después Ken se incorporó de un salto y corrió a la cabina posterior de creación artificial de climas. Nunca había intentado nada semejante. El único tornado con el que luchó un par de años atrás era un juego de niños comparado con el de ahora.

Si triunfaba, si destruía la manga destructora del tifón, sería el mayor triunfo del hombre contra la furia de los elementos desencadenados. Si no…, la muerte más horrible le aguardaba dentro de aquel torbellino que se acercaba a la costa, arrasándolo todo a su paso.

Abrió la cabina y sus manos se aferraron a los mandos de la

máquina creadora de reacciones atmosféricas. Ni siquiera sabía si el instrumento era capaz de resistir la prueba. Un fallo, una rotura, marcarían el final Su propio final también.

—¡Dios mío! —susurró, antes de comenzar a pulsar resortes, a graduar esferas indicadoras y a forzar el mecanismo mágico de la máquina meteorológica—. Ayúdame…, por esos pobres seres que sufren allá abajo. Y si ocurre lo peor…, protege siempre a Ethel. La quiero demasiado, a pesar de todo…

Fue aquél el último pensamiento de Ken Edwards, el hombre cínico de quien la gente creía que no era capaz de amar a nadie con sinceridad.

Luego, el «Delfín Z» fue absorbido por la densa turbulencia negra del tifón.

II

Dolan se volvió, lívido, a Damon Kraff, Jefe del Servicio Especial de Meteorología.

—¡Mire! —aulló, señalando la pantalla televisora del despacho central—. ¡Ese loco, Edwards…, se ha metido en el tifón!

—Ya lo veo —asintió Kraff roncamente, con la vista fija en la pantalla fluorescente que recogía directamente las imágenes de la costa del Pacífico—. Me lo temía. Ken es un hombre que no teme a la muerte.

—¡Pero es un suicidio, señor!

—Para él es solamente un medio de luchar hasta el fin —sonrió con pesar Kraff—. No debió avisarle, Dolan. No a él. No teníamos derecho a arrancarle de su vida actual, a forzarle a esto.

—Yo esperaba que luchase solamente mientras fuera humanamente posible, señor. Sin ir a una muerte cierta…

—¿Y quién le dice que no es aun humanamente posible luchar? Nunca se sabe cuáles son realmente los límites del hombre, en su lucha contra las fuerzas desencadenadas de la Naturaleza. Ahora, tal vez, Edwards encuentre la muerte en su lucha contra el tifón. Pero es posible también que, con su sacrificio, logre romper el fenómeno, y crear un clima artificial que salve a las gentes actualmente condenadas sin remisión a morir. Seremos culpables de la muerte de Edwards, ciertamente. Y la idea no me dejará dormir tranquilo

durante muchos años. Pero, en cambio, habremos salvado de un horrible final a miles de personas. Habrá merecido la pena intentarlo todo, Dolan, incluso fracasando, se debe de intentar lo máximo. Es lo que ha hecho Ken ahora. Pero solamente los héroes, los auténticos héroes, son capaces de cosas así, amigo mío…

Dolan asintió en silencio. Después, ninguno de los dos hombres habló una sola palabra más. Se mantuvieron callados, mirando a la televisión. Las cámaras recogían fielmente la grandiosidad terrible del momento, transmitiéndola con nitidez a la enorme pantalla de noventa pulgadas que cubría una parte del muro del despacho.

Vieron la enorme columna negra, que hacía rugir a las aguas, en su avance inexorable hacia la costa. El «Delfín Z», como una simple mancha roja, centelleante y diminuta, se había sumergido poco antes en pleno centro del tifón, sin dejar rastro de su paso.

Ahora… todo parecía depender del pigmeo que desafiaba al coloso. Depender de un solo hombre, encerrado entre un mágico conjunto de instrumentos maravillosos pero también limitados, como toda obra humana. Y, sobre todo, en manos de Dios…

Kraff y Dolan no olvidarían nunca los momentos que siguieron. Fueron los más terribles de toda su existencia.

Miles de rostros conmovidos, convulsos, como expresiones petrificadas de un gigantesco grupo escultórico, seguían desde la costa el avance del tifón. Ahora sabían todos que era imposible huir, que les esperaba la muerte.

Sobre las ruinas de sus casas y sobre las carreteras anegadas por el agua. Sobre los restos de los grandes puentes, sobre los montículos y las rocas, se hacinaban hombres de todas las edades, niños, mujeres, animales aterrorizados, en estrecha hermandad con los humanos, ante el cataclismo que les amenazaba a todos por igual…

Las olas, gigantescas e impresionantes, lamían la costa y penetraban en forma devastadora riendo de ella.

Y, de súbito, algo ocurrió en el tifón.

—¡Mire! —chilló, delirante, Dolan, pegando un terrible brinco en su asiento—. ¡Mire ahí, señor! ¡Vea usted eso!

Kraff, mortalmente pálido, asintió. No separaba sus ojos, dilatados, de la pantalla visora. Por un momento vaciló y se estremeció, sin pasar a creer lo que estaba viendo…

¡El tifón se deshacía, estaba disolviéndose coma si fuera realmente humo!

Los rostros de los amenazados expresaron súbita esperanza. Un clamor que casi ahogó el estruendo de las olas se dejó oír por los equipos de sonido de la televisión. Las olas decrecieron, el viento disminuyó, el corazón mismo de la negra manga sufrió una convulsión estremecedora, comenzando a desintegrarse su núcleo vertiginoso.

Las nubes, en lo alto, se abrieron, golpeadas por las ondas vibratorias que despedía el «Delfín Z». Radiaciones de calor y emisiones anticiclónicas barrieron en escasos minutos la tempestuosa masa negra que servía de techo al lugar de la hecatombe.

El tifón se fue apagando lentamente hasta desaparecer en las aguas…

Arriba, en la noche, el «Delfín Z» sobrevolaba aún el lugar donde hubiera podido estallar el caos más terrible de los últimos años. El aparato rojo había vuelto a triunfar.

Había vencido a los elementos desencadenados. Dios protegió la vida del hombre que luchó por sus semejantes, con total desprecio de sí mismo.

—Ese hombre es único —musitó Kraff—. El mejor hombre que tuvimos jamás… Lástima que lo hayamos perdido.

—Sí —suspiró Dolan, todavía con la lividez que el imprevisto triunfo había dejado en su cansado rostro. Se dejó caer, abatido, en su asiento—. Éste será el último servicio de Ken Edwards, señor…

III

—¿He oído bien, Edwards?

—Ha oído perfectamente, señor.

Damon Kraff entrelazó sus dedos. Contempló al héroe de la costa del Pacífico. Luego interrogó suavemente:

—¿Está decidido?

—Sí, señor.

—¿Del todo, y sin posterior rectificación?

—Así es, señor.

—¿Qué le ha ocurrido, muchacho? No parece usted el mismo de

antes.

—Algunas cosas han cambiado en mi vida. Eso es todo, señor.

—Iba a casarse.

—Sí. Pero eso es una de las cosas que han cambiado. No me casaré.

—¿Por qué? Estaba muy enamorado de Ethel Munro, ¿no es cierto?

—Sí. Pero aquella llamada de urgencia lo cambió todo, señor. Existía una promesa que no supe cumplir. No fui fuerte, y ahora lo he perdido todo. No podía confiar, ciertamente, en un tipo que no sabe resistir la primera prueba que surge.

—Ella debió comprender que se trataba de algo muy por encima de todos nosotros y de nuestros problemas personales…

—Ha comprendido ya demasiadas cosas a lo largo de nuestro noviazgo. Siempre tenía que dejarla con una cena a medio terminar, en mitad de un espectáculo, o sin pasar a recogerla a casa una noche de baile, sólo porque en algún lugar del mundo hacía falta que lloviese, nevara o cayeran rayos. Estaba cansada de ello y aquélla fue la gota que colmó la medida. Ahora no hay remedio.

—Pero debe intentarlo. Trate de verla, ahora que ella sabe los resultados de su misión, Edwards.

—Lo he intentado todo, señor, en estos dos días. No he podido verla. Se ha ausentado, sin dejar su dirección. Ha desaparecido. No quiere verme, ni desea reconciliarse. Sabe perfectamente todo lo que ocurrió. En vez de sentirse orgullosa de un hombre que arriesgue su vida, se lamenta de haber elegido a un loco suicida por novio. Y según una grabación magnetofónica que dejó para mí en su casa, está harta de mis heroicidades y prefiere elegir a un hombre que pueda volver cada día a su casa, como todo ser normal.

—De modo que usted, en definitiva, ha elegido su propio camino: volver con nosotros.

—Eso es.

—¿Cree que nos merecemos su colaboración? Somos culpables de todo.

—No. Yo mismo soy el único culpable. Y quizá mi propio destino. ¿Me acepta de nuevo en el Cuerpo, señor?

—Ya está aceptado, Ken —se incorporó, sonriente, tendiéndole la mano—. Y ojalá esta vez sea definitiva, y para siempre. Bien

venido con los suyos, Ken Edwards.

—Gracias, señor…

IV

Era la copa número ciento. ¿O tal vez la que hacía mil?

No lo sabía. No podía estar seguro de nada. Absolutamente de nada. Cuando uno ha pasado ya la copa número cincuenta, todo es posible. Incluso beberse mil. O un millón.

Filosóficamente, con la borrosa filosofía del borracho, Ken se dijo, después de apurar la enésima copa, que la gente no cambiaba tanto como se creía en el transcurso de los años y de los siglos.

Allá por el mil quinientos, un tipo despreciado por su dama pegaba sus labios a un tonel de vino, y lo vaciaba o poco menos para ahogar sus penas. Luego, en el siglo XX, el «*whisky*» era el alivio a todos los problemas realmente depresivos.

Solamente cambiaban los licores, al parecer, pero no la escasa imaginación de los que buscaban un consuelo a su dolor. Ahora, en el dichoso y feliz año 2000, los tipos imbéciles, como él, bebían «vadoma», la singular, dulzona y fuerte bebida de las plantas violáceas de Marte.

—Echa otra, amigo —pidió con voz pastosa al «barman».

—¿Cree que debe beber más, Edwards? —preguntó Joe, el muchacho de la barra, con gesto cansado, agitando la coctelera eléctrica con una pulsación del resorte.

—Eso es cosa mía, hijito —rezongó Ken—. Tú dame de beber y déjate de tonterías.

Joe se encogió de hombros. Tomó una botella mediada de licor violáceo y escanció en la copa de Ken. Éste se preguntó por qué, a lo largo de la historia, todos los tipos que servían detrás de un mostrador tenían que llamarse Joe.

Se frotó la nariz y habló en voz alta de súbito.

—Querido Ken —se dijo a sí mismo—. Estás pensando idioteces. Creo que empiezas a estar un poco borracho.

Joe podía ser un «barman», pero era un chico sensato. Meneó la cabeza con desaliento al ver el estado de su cliente. Miró de reojo a su otro compañero. Éste no se llamaba Joe, lo que, sin duda, hubiera sorprendido mucho a Ken.

—Oye, Todd, ¿por qué no ayudas a Ken a subir a un vehículo automático que le deje en su casa? Está demasiado bebido. Y no me gusta ver así a los héroes. Deprime a uno, ¿sabes?

Todd asintió. Era mayor que Joe, y entendía de aquellas cosas. Rodeó el mostrador, se acercó a Ken y, amistosamente, retiró de sus labios la copa de licor violeta, sin que la hubiera agotado por completo.

—Vamos, muchacho, ya es tarde y vamos a cerrar —dijo, aunque en el «Electric Bar» no cerraban nunca—. Venga, le acompañaré a un coche automático para que le lleve a casa. Hay que dormir, descansar un poco, Edwards…

—¿Descansar? ¿Quién habló de descansar? —tartamudeó Ken, ebrio—. Yo no estoy cansado, Ni siquiera he empezado a hacer nada que pueda cansarme.

—El beber cansa un poco. Vamos, Edwards, sea buen chico. Usted siempre lo ha sido. No me gusta verle así, la verdad.

Edwards protestó unas cuantas veces más, pero se dejó llevar dócilmente hasta el exterior. Todd pulsó un llamador público de automóviles de conducción automática. No tardó ni diez segundes en llegar uno por la Vía 3.

Abrió la portezuela. Pulsó el resorte del volante, y un mapa urbano iluminado surgió en el cuadro de instrumentos del coche. Todd clavó un punto luminoso en cierto lugar de la ciudad, justamente ante donde vivía Ken. Luego, oprimió el pulsador de marcha. El coche automático del año 2000 era capaz, con sólo aquello, de llevar a su domicilio a cualquiera. No hacía falta chófer. La electrónica y la radio producían la energía capaz de conducirle y guiarle. Un sistema de alta sensibilidad llevaría el coche hasta el lugar señalado sobre el mapa luminoso.

Pero su error fue pulsar primero el botón y tratar luego de colocar a Ken dentro del vehículo.

Éste gritó, furioso:

—¡Te he dicho que no estoy cansado, estúpido! ¡No quiero ir a dormir!

Se resistió, y el bueno de Todd le pegó un buen directo al mentón. Ken se tambaleó. Cualquier otro borracho hubiera caído, y era lo que Todd esperaba. Pero Ken no era un borracho cualquiera, y el no tenerlo en cuenta fue el segundo error del joven «barman».

Edwards reaccionó enseguida. Como si estuviera accionado por un muelle, extendió el brazo y propinó un puñetazo en la barbilla del «barman».

Todd aterrizó en la puerta del «Electric Bar», inconsciente por completo. Ken se miró el puño, hipó entre dientes y rezongó:

—Ya te dije que no estaba cansado, amigo. Lo siento…

Luego miró con olímpico desprecio al automóvil parado junto a él, sacudió sus manos y siguió adelante, por su propio pie. Elegiría otro bar, donde no le quisieran enviar a casa, como a un niño travieso, pensó con rebeldía. La ciudad estaba llena de bares y establecimientos de bebidas. En aquello tampoco el mundo evolucionaba mucho.

En realidad, aquel incidente marcó otro de los pasos en el destino inexorable de Ken Edwards.

Pero ni él ni nadie podía saberlo en aquellos momentos.

CAPÍTULO IV

«MARSHA»

I

o supo cómo había llegado. Ni de dónde surgía.

Pero estaba allí, ante él. Hermosa, espléndida, casi increíble.

Cuando uno bebe demasiado, suceden cosas así. Casi siempre, los tipos que llegan a tener dentro tanto licor como él llevaba, veían imágenes ideales. Visiones que no podían existir.

Porque, para Ken Edwards, nadie podía ser tan hermosa como Ethel. Era la mujer más maravillosa del mundo…, exceptuando a aquella de ahora.

La que acababa de aparecer era el compendio, la suma perfecta

de todo lo mejor que pudiera ver o soñar. Demasiado hermoso para ser real. Claro está que no lo era. Una mujer así no podía serlo.

—Hola, amigo. ¿Esta ciudad es Metropolia?

Ken parpadeó. Bueno, a lo mejor las alucinaciones de un borracho, si eran provocadas por los vapores de aquella endiablada bebida marciana, podían tener voz y todo. Por lo menos, aquella mujer había hablado. Estaba seguro de ello.

La contempló con renovada atención. Era alta. No mucho, pero lo suficiente para destacar entre muchas otras. Su cabello tenía un color extraño, indefinible. Ken hubiera jurado que jamás vio antes de ahora un cabello así. Claro que podía ser teñido…, o simple producto de su imaginación trastornada.

Bajo la larga y ondulada melena azul cobalto, la tez era levemente bronceada y tersa. Los labios, muy rojos, y la nariz, muy breve. Los ojos, rasgados, profundos, singularmente dorados, con chispas de color ambarino. El cuerpo era un prodigio, una sinfonía de curvas suaves y de opulencias armónicas. El traje de plástico verde y negro se ceñía a su exótica figura como una malla completa.

Evidentemente, no podía existir mujer alguna con aquel aspecto, Pero de nuevo habló, haciendo dudar más aún a Ken:

—Le he preguntado si es Metropolia, amigo. Soy forastera aquí. No conozco el lugar…

¡Cielos, qué voz tenía! Susurrada, argentina… Como el sonido de una campanilla de plata. Pero al mismo tiempo, profunda, pastosa, acariciadora. Lo envolvía a uno en una musiquilla de ecos profundos y adormecedores.

Se detuvo, apoyándose en uno de los muros verticales y lisos de la ciudad. Estudió con mayor interés a la mujer. Se frotó los ojos y masculló:

—Si es usted una fantasía de mi mente, por favor… ¡desaparezca! Si no, demuéstreme que existe…

Ella sonrió. Era una sonrisa maravillosa. Algo así como la que podrían ofrecerle los ángeles, asomando entre las nubes. Luego avanzó hacia él. Apoyaba suavemente sus pies menudos en el suelo. Entrelazaba sus largas y bellísimas, piernas.

—Soy real, amigo —dijo, con su extraña musicalidad—. Soy de carne y hueso…, como tú…

Estaba junto a él. Ken creyó que le rodearía con sus brazos, que

le pellizcaría para demostrarle que existía. Pero ella no hizo nada semejante. Lo que hizo fue inclinar hacia él su hermoso rostro. Un aliento cálido y aromático acarició la piel de Ken. Luego le besó.

Los labios de la hermosa desconocida rozaron los suyos. Fue un beso ligero, alado. Un roce delicado y sensible, que estremeció al joven piloto. Después ella sonrió de nuevo, se apartó unos pasos, sin dejar de mirarle, envolviéndole materialmente con su mirada.

—¿Crees que existo? —musitó con voz tenue.

—Diablos, sí… —Ken se tocó los labios, pensativo.

Frunció el ceño, mirando a la desconocida. Algo así como la mitad del licor almacenado en él dejó de hacer efecto. Se despejó lo suficiente para comprender que la extraña mujer podía ser una aventura. Una excitante y singular aventura, capaz de hacerle olvidar su depresión. Y, sobre todo, hacerle olvidar a Ethel.

Lo necesitaba tanto que avanzó hacia la desconocida, Quería olvidar muchas cosas, Y una mujer así era capaz de sumirle a uno en una amnesia eterna.

—Esto es Metropolia, sí —afirmó roncamente—. ¿Acaso no lo sabías, mujer?

—Claro que lo sabía —ella sonrió, como desafiándole—. Pero quería hablar contigo.

—¿Por qué?

—Te he visto. Y me he acercado a ti. Me gustaste. Eres hermoso, fuerte, joven y arrogante… ¿Cómo te llamas?

—Ken.

—¿Y qué más?

—Ken… —Se detuvo. Recordó que era algo así como un héroe internacional. Era mejor que la gente no viera demasiado pronto a su ídolo, con los pies de barro rotos—. Solamente Ken. ¿Y tú?

—Marsha.

—¿Marsha? ¿Qué más?

—Marsha solamente —ella sonrió de nuevo—. Es suficiente.

—De acuerdo. Es un bonito nombre… —Miró alrededor. Hubiera jurado que se hallaba en un distrito residencial de intachable honorabilidad. La presencia de la mujer parecía desmentirlo—. ¿De dónde has venido?

Ella adivinó su intención, o la leyó en sus ojos. Enarcó sus finas cejas oscuras, con gesto grave.

—No soy lo que crees —dijo lentamente—. Ni vengo de ningún lugar equívoco.

—¿De dónde vienes, entonces?

—De ahí —señaló vagamente las calles, desiertas y silenciosas a aquellas horas—. Y no soy una aventura, Ken.

—Oh… —Ken se sintió perplejo y torpe—. Perdona. ¿Acaso te he dicho algo que…?

—No, no —rió ella suavemente—. Pero sé que lo has pensado. Tal vez te di yo motivos para pensar así, después de todo. He dicho que me gustas. Y es cierto. Hay algo que me ha atraído hacia ti. ¿Por qué no somos amigos?

—Está bien —suspiró Ken—. Seremos amigos.

—Pareces aturdido, Ken.

—Lo estoy. He bebido mucho «vadoma». ¿Conoces la bebida? Es color violeta, muy fuerte…, pero ayuda a olvidar muchas cosas.

—Yo tengo algo mejor que «vadoma» —ella extrajo de un bolsillo invisible una botellita de licor azulado. Se lo tendió—. Bebe.

Ken estudió el pequeño recipiente con gesto de recelo. Ella rió.

—No es veneno ni narcótico —dijo—. Bebe sin miedo. Te sentirás mejor, Ken, amigo.

Era ridículo tener miedo de una mujer. Además, él no tenía miedo a nadie. Ni esperaba que nadie le atacara o engañase para robarle. Nunca llevaba cosas de valor encima.

Tomó el frasquito y lo destapó. El líquido azul despedía un aroma dulcísimo, embriagador, pero a la vez fresco y diáfano. Un vaho singular y tentador. Sorbió una pequeñísima porción. Ella se lo quitó de las manos.

—Ya basta —dijo—. No hace falta que bebas todo.

—Apenas si lo he probado, Marsha.

—Es suficiente. Esto no es «vadoma» ni nada así.

Tenía razón. Empezó a sentirse mejor. Una sensación de serenidad y de bienestar invadió su cuerpo. Se le aclaró la cabeza, despejándosele las ideas. Su voz sonó clara, limpia. Y, de súbito, se encontró fuera de su molesta embriaguez anterior. La contempló con asombro. Ella guardaba el frasquito en su vestido rojinegro.

—¡Cielos, éste, elixir es maravilloso! —masculló Ken—. Me encuentro mejor que nunca.

—Ya te dije que era mejor que ningún otro licor. Proporciona el bienestar y la dulzura de una droga, sin intoxicar al cuerpo humano.

—¿Cómo se llama?

—¿Qué importa eso? —rió ella—. Si te gusta, llámalo «Marsha». Como yo.

—Pero si alguna vez deseo esta misma sensación feliz de ahora, ¿cómo experimentarla?

—Si nunca te separas de mí, serás eternamente feliz, Ken. Y yo también.

Aquellas palabras debieran haber hecho recelar a Ken, sentir alguna sospecha acerca de la enigmática Marsha, a quien jamás viera antes. Pero se hallaba en un grado de hipersensibilidad sorprendente, y no veía otra cosa que Marsha. Deseaba estar junto a ella. Deseaba sentir su voz, sus manos acariciadoras, sus labios otra vez…

Ella pareció adivinarlo. De nuevo le besó. Luego, Ken tomó la mano de la hermosa desconocida. Y con ella se alejó por la ciudad desierta, callada, como si solamente ellos existieran en la gran urbe…

II

Jamás había sido tan feliz.

Los dedos de Marsha peinaban, acariciándolos, los cabellos de Edwards. Él apoyaba la cabeza en el regazo verdinegro de su traje de malla plástica, adherido al cuerpo femenino, cálido y turgente.

A sus pies dormía la ciudad, en la noche clara. La luna, sobre sus cabezas, era un disco de plata lejano. Aun ahora, cuando el hombre había pisado ya el satélite de la Tierra, éste continuaba siendo el mismo mágico compañero nocturno de los enamorados.

—¿Eres dichoso, Ken?

—Sí, Marsha —suspiró Ken, cerrando la cremallera de su traje, hasta el galón dorado que cercaba su cuello—. Jamás lo fui tanto.

—Gracias, Ken. Eso me halaga mucho… Pero te repito que no quiero ser una aventura para ti.

—¿Quién ha dicho que lo seas? Una mujer como tú, Marsha, es algo más, mucho más que una aventura, en la existencia de un

hombre. Además, has llegado a mí en momentos de terrible desesperación y abatimiento. Creo que jamás he deseado tanto una voz amiga, un beso de amor, un roce afectuoso, como esta terrible noche.

—¿Quién es ella, Ken?

—¿Ella? —Edwards enarcó las cejas, sorprendido—. ¿Por qué sabes…?

Marsha sonrió como ella sola era capaz de hacerlo.

—Ken, siempre hay una mujer, tras la desesperación de un hombre —susurró despacio.

—Es cierto. Hay una mujer. Iba a casarme con ella.

—¿Y ya no vas a casarte?

—No. Me rechazó, porque falté a una promesa. Pero, de todos modos, tampoco me casaría ahora. No, después de conocerte…

—Eres maravilloso, Ken… Y creo que empiezo a amarte de verdad…

Le besó nuevamente. Ni siquiera entonces, la mente de Ken Edwards, como sumida en un paraíso artificial y maravilloso, pudo sospechar lo que se avecinaba, ni receló de las tiernas palabras de la muchacha desconocida, llegada de la noche y cuyo origen e identidad seguían siendo un auténtico misterio, aun después de aquellas horas inolvidables que llevaba pasadas a su lado…

III

—¿Dónde vives? ¿De dónde vienes, Marsha?

Ella le contempló con una mirada profunda de sus dorados ojos. Luego respiró hondamente.

—¿Realmente quieres saberlo, Ken? —preguntó.

—Me gustaría conocer más cosas de ti. A veces temo que desaparezcas de pronto con el amanecer, y que jamás vuelva a verte. Como una moderna Cenicienta, cuyo plazo mágico expire con el nuevo día.

—De ocurrir así, te dejaría mi zapatito de cristal —rió ella—. Oh, Ken, no temas. Esto no es un cuento de hadas, aunque lo parezca. Yo soy real, de carne y hueso. No he de volver a parte alguna…, excepto a decir a mi gente que he conocido a un hombre maravilloso, y que me quedaré para siempre a su lado…, si él lo

desea.

—¡Marsha, te lo suplico! ¡Quédate para siempre conmigo!

—Está bien. ¿Me prometes continuar siempre junto a mí, ocurra lo que ocurra, y amarme con la misma intensidad que esta noche?

—¡Sí, lo prometo!

—Entonces, Ken, sólo te pido una cosa… —Los ojos dorados le miraban con una fijeza fascinadora—. ¿La harás por mí?

—Haré lo que sea, Marsha.

—Ven conmigo. Acompáñame a ver a mi gente…, a decirle lo nuestro. Será breve. Terminaremos enseguida, y podremos volver aquí, ir adonde tú quieras, a ser felices los dos juntos…

—Claro, Marsha. Vamos. Iré contigo adonde tú quieras.

Ella sonrió de un modo enigmático. Las manos de ambos se aferraron de nuevo la una a la otra. Se alejaron de la colina que dominaba la ciudad. Ahora, Marsha guiaba. Iban hacia los bosques cercanos, densos y umbríos.

Marsha iba a ver a su gente, y Ken Edwards la acompañaba.

En aquello, la fantástica mujer del cabello azul no engañó a Ken. Pero él continuaba ciego a todo lo que no fuera la belleza deslumbrante de la desconocida.

Sólo pensó en seguirla. Seguirla adonde ella quisiera llevarlo…

IV

Se adentraban más y más en el bosque. Los corpulentos árboles, desarrollados con los supercultivos descubierto en 1978 para el desarrollo forestal del mundo, así como para lograr especies gigantescas de las plantas medicinales y de otras formas vegetales útiles a las necesidades humanas, pasaban junto a ellos elevando sus enormes copas frondosas al cielo.

—¿Vives muy lejos aún? —preguntó Ken.

—No. Aquí mismo, muy cerca ya —sonrió ella—. Estamos llegando, querido…

Todavía recorrieron un trecho relativamente largo de arboleda. Se adentraron por un sendero que serpenteaba entre las altas hierbas jugosas, y finalmente se detuvieron en los límites de un amplio claro rodeado de enormes pinos gigantes.

—Ahí es —dijo ella sencillamente.

Ken miró sorprendido ante él. Luego, giró sus ojos hacia Marsha.

—¿Tu casa? —preguntó.

—Si.

Era una forma hemisférica. Algo así como media naranja apoyada en el suelo sobre la parte cortada, formando una cúpula el resto curvo de la media esfera. Tenía un color mate, grisáceo, y ofrecía solamente dos aberturas circulares en su superficie.

Estaba sola en medio del claro. Desde el aire hubiera parecido a ojos de un aviador, un gigantesco hongo gris, rarísimo, crecido en medio del bosque.

Marsha avanzó hacia el singular artefacto, seguida por Ken Edwards, que solamente se preguntó en forma vaga, durante un momento fugaz, qué clase de vivienda era aquélla, y quiénes serían los parientes de Marsha, aquéllos a quienes ella llamaba «mi gente».

Se detuvieron ante el muro curvo de lo que parecía un edificio. Marsha no hizo gesto alguno. Ken no vio el menor rastro de una puerta o abertura que Sirviese para penetrar allí. Sin embargo, ante Marsha, el muro empezó a deslizarse suavemente, sin un zumbido siquiera.

Una puerta, formada por un segmento triangular, apareció en la hemiesfera. Marsha se volvió hacia Ken y le tendió su mano larga y tersa:

—¿Entras; querido? —Manifestó, invitándole.

Tan sólo en aquel momento algo asaltó la mente de Ken. Pue una sensación confusa de temor, de recelo. Quizás el instintivo miedo a lo que se ignora. Pero no llegó a retroceder.

El influjo de Marsha era demasiado fuerte. Cruzó el umbral del edificio. Se encontró en un corredor curvo, que sin duda rodeaba la edificación, como una segunda pared.

Mostraba una claridad indirecta, de tono pálido, azulado, y caminaron por el corredor, rodeando la parte central. Detrás de ellos, tan silenciosamente como se abriera, se deslizó de nuevo la puerta.

Ken cambió una mirada con Marsha. Ella sonrió como lo hacía siempre.

—¿Asustado, Ken? —preguntó.

—No —denegó él—. Pero me pregunto en qué clase de lugar vives, Marsha…, y quién eres realmente. ¿Puedes contestarme a

eso?

—¿Para qué hacerlo ahora, si vas a saberlo enseguida? Ven conmigo. Ya llegamos al final de nuestro viaje…

El pasillo, de pronto, mostró una vuelta brusca. Giraba a un lado, formando un nuevo corredor más amplio que iba a parar al centro mismo del hemisférico edificio.

Ken Edwards lanzó una exclamación de asombro, y se detuvo en el umbral mismo de acceso a la nave central, circular e iluminada intensamente por una luminiscencia verde.

—¡Dios mío, no es posible! —gritó Ken, horrorizado.

Y pretendió retroceder. Pero ya era tarde.

CAPÍTULO V

RAPTO ESPACIAL

I


n medio de la luminiscencia verdosa, erguido ante el complicado instrumental que cubría un panel del muro circular de la nave central, se veía a un ser horripilante y monstruoso, una figura gigantesca, quizás algo más de dos metros de altura, que sólo tenía de semejanza con lo humano la forma general y el hecho de poseer cuatro extremidades —dos piernas y dos brazos— y lo que parecía una cabeza.

Pero, en realidad, las manos eran enormes pinzas dentadas, metálicas; los pies unas planchas circulares y la cabeza un óvalo provisto de dos grandes ojos amarillos y un respiradero o boca y

nariz unidas en una sola abertura.

Todo el cuerpo parecía de metal, de un color gris de acero, con reflejos parduzcos. En vez de articulaciones parecía tener engranajes o conexiones metálicas, que producían un leve y espeluznante chirrido al moverse.

Hacía movimientos muy lentos, como un «robot» creado por el hombre. Sólo que Ken Edwards jamás había visto un «robot» tan perfecto en toda su vida.

Al ver a los dos jóvenes, lanzó un chirrido estridente y agitó sus tenazas. Al mover los brazos, los chirridos de sus engranajes o articulaciones metálicas produjeron un sonido realmente estremecedor.

Fue entonces cuando Ken intentó huir, arrastrando consigo a Marsha, con el afán de librarla de un peligro horroroso, que intuía. Pero Marsha, en vez de dejarse arrastrar, le aferró, tirando en sentido opuesto para evitar, que escapara. Los ojos de Ken se dilataron por el asombro, descubriendo entonces la enigmática sonrisa de ella con lo que le pareció un aire de extraña crueldad. De pronto, la luz se hizo en él.

¡Marsha le había llevado hasta allí, sabiendo lo que encontrarían! ¡Era una emboscada!

Saltó atrás y trató de escabullirse. Pero también para aquello era tarde ya. La abertura del corredor, a sus espaldas, se cerró de súbito. Del techo cayó una hoja metálica que golpeó el suelo ante los mismos pies de Ken. Estaba bloqueada la salida.

Giró sobre sí mismo con gesto fiero, y miró a Marsha con ira.

—¿Qué significa esto? —rugió—. ¿Qué clase de celada es ésta? ¿Qué mentira maldita me has contado para traerme hasta aquí?

—No te he mentido en absoluto, Ken —dijo ella suavemente—. Te dije que te llevaría a ver a mi gente…

Señaló al monstruoso ser metálico que seguía chirriando, complacido, moviendo lentamente sus piernas aceradas hacia él, apoyando sus pies circulares sobre el pavimento bruñido con la pesadez de un buzo en el mar; Marsha concluyó:

—Y he cumplido mi palabra, Ken. ¡Ésta es mi gente!

II

El chirrido del monstruo parecía ahora como una horrible caricatura de una risa humana. Marsha también rió. Ken, acorralado en aquel salón drenar, pugnó por entender fríamente alguna cosa. Pegado al muro que cayera ante él, replicó:

—¡No puedo creerlo! ¡Serán robots a tu servicio, pero no gente…, no seres vivos!

—Estás en un error, Ken, si crees que ese ser es un robot. Cometes una tremenda equivocación…, porque ellos son seres inteligentes. Mucho más inteligentes que tú y tu especie… ¡Ellos son los que pueden convertir en robots a los demás!, incluso a ti…

—Estás loca, Marsha —jadeó roncamente Ken, luchando por encontrar mentalmente una salida de aquella extraordinaria situación—. Rematadamente loca, o me has embriagado con tú líquido del diablo para que vea cosas imposibles.

—No ves ningún imposible. Ésta es mi casa, Ken. Ese ser que te horroriza es mi compañero en este viaje a tu mundo.

—¿Viaje? ¿A «mi» mundo? ¿Y el «tuyo»? ¿Cuál es, entonces, «tu mundo»?

—El mismo de él —rió Marsha, señalando al ser metálico—. El mismo adonde nos va a conducir de nuevo esta nave.

—¿Una nave? ¿Cuál?

—La hemiesfera que tú has creído era un edificio pegado a tierra. En realidad, es un disco volador, capaz de llegar mucho más lejos que vuestras naves interplanetarias.

—¡Eso es un disparate!

—¿Disparate? —Marsha rió—. Tú crees que seguimos en medio del bosque, ¿verdad? No has advertido movimiento, ni cambio alguno. Eso te demuestra la perfección de nuestro sistema. Sin embargo…. ¡Mira, Ken! ¡Mira ahí!

Oprimió un resorte del muro. Todo un panel de la cabina, cámara o lo que fuese, se iluminó y se hizo transparente. Al otro lado del muro circular, que parecía de cristal, se vio el espacio, que surcaban a velocidad increíble, girando como una vertiginosa peonza…

¡Y abajo la Tierra era ya apenas una esfera azulada, rodeada de brumas, distante miles de millas de ellos!

—¡Cielos, no es posible! —Lívido, Ken se revolvió hacia Marsha —. ¡Maldita traidora, tú me has embarcado en este horror! ¡Quiero

regresar! ¡Regresar inmediatamente a mi planeta!

—No voy a poder complacerte, Ken —rió Marsha, la enigmática criatura del cabello azul. Señaló al hombre de metal—. Él manda en esta nave… y yo cumplo su voluntad.

—¡Pero ahora se ha de hacer lo que yo mande, os guste o no! —aulló Ken Edwards, rabiosamente, lanzándose sobre los mecanismos de la nave, dispuesto a destrozarlos, si era preciso, para acabar con los secuestradores, aun a costa de su propia vida.

No llegó a tocar los mecanismos con sus engarfiadas manos. Porque, antes, Marsha movió otro resorte. Del cuadro de mandos brotó una carga invisible y poderosa de electromagnetismo.

Ken sintió rebotar en su cuerpo las ondas como si fueran materiales. El choque fue tan violento que le derribó de rodillas. Pugnó por incorporarse, de nuevo, mientras las mismas ondas seguían martilleándole, llegando a él en tremendas oleadas.

Un aturdimiento creciente, una sensación de fatiga, de relajación muscular y de abatimiento nervioso se apoderó de él. La sangre, agolpada en sus sienes, las hacía palpitar aceleradamente. Sintió que los ojos se le nublaban, y todo vaciló ante él. Como si el suelo mismo de la astronave se hundiera bajo su peso, se derrumbó en una negrura igual a la del mismo vacío que ahora recorrían, entre miríadas de chispas multicolores, que acaso fueran nuevos e ignorados mundos, imaginados por su aturdido cerebro.

Luego dejó de sentir, de pensar y de experimentar sensación física o mental alguna.

Había perdido la partida.

Ahora se hallaba cautivo del extraño ser metálico y de la enigmática y desconcertante Marsha. La extraña pareja de captores contempló sin expresión a su víctima inerte.

En el negro infinito del cielo, la nave hemiesférica, girando vertiginosamente sobre sí misma, a medida que se desplazaba a miles de millas por minuto, se alejó más y más del planeta Tierra…

Se movía en línea recta hacia Marte.

Pero cuando alcanzó el rojo planeta colonizado por el hombre, no se detuvo en él.

Siguió adelante, hacia donde todavía el ser humano ignoraba lo que podía existir. Hacia nuevos y más lejanos espacios siderales. Hacia lo desconocido.

III

Más tarde, los habitantes del asteroide «Ulk», situado en el Sexto Anillo de Asteroides, entre la órbita de Marte y de Júpiter, vieron llegar a la nave que regresaba de la lejana Tierra.

Era un asteroide pequeño y azulado. Un mundo diminuto, una rocosa esfera perdida entre millones y millones de otras muchas, infinitamente más pequeñas, pero también enormemente mayores.

«Ulk» no hubiera producido a ningún lejano observador astronómico, la sensación de estar habitado. Era un pedrusco más, un asteroide de apariencia igual a la de los restantes millones de ellos existentes en el Sistema Solar.

Sin embargo, en aquel mundo sin aire ni oxígeno, sin agua ni vegetales, en un lugar desierto, pedregoso y horrible, donde la vida misma parecía incapaz de existir…, allí se detuvo la nave del espacio.

Allí, otros seres esperaban…

Ken Edwards, el secuestrado terrestre, llegó a «Ulk» sin saberlo. Se encontraba inconsciente todavía, bajo el efecto de las terribles ondas magnéticas que le abatieran dentro de la nave espacial.

El rapto más increíble y audaz de todos los tiempos se había llevado a cabo.

Pero ¿qué suerte esperaba a Ken Edwards en el asteroide «Ulk»? ¿Por qué había sido arrancado a la fuerza de su propio mundo?

Ni siquiera él mismo, de haber estado consciente cuando le sacaron del hemisférico vehículo de los cielos, hubiera podido darse una respuesta satisfactoria a tan alucinantes preguntas.

Solamente Marsha hubiera podido responderle. Y el ser metálico de a bordo.

Y quizá también los millares de seres metálicos, iguales al piloto de la nave del espacio, que se hacinaban en los páramos rocosos, esperando el descenso de la nave.

Segunda Parte

CAPÍTULO VI

EL ASTEROIDE

I



o hace mucho que he despertado de mi largo sueño.

Me he encontrado en un extraño lugar que desconozco. Sobre mí hay una rara campana de algo parecido a vidrio, que despide una rara e intensa fosforescencia. La tabla sobre la que reposo es de un material duro y verde. Me rodea una urna transparente o cosa parecida.

Veo, a través de los paneles, vidriosos, rostros horribles. Son extraños hombres o seres de tejido metálico. Algo, en mi mente, me dice que se llaman, en su lenguaje extraño, «metaloides». No sé lo

que son, ni cómo viven, piensan o reaccionan.

Son iguales que mi raptor, el amigo de Marsha.

¡Ah! No he vuelto a ver a Marsha. No sé qué será de ella, pero me resisto a imaginar algo tan horrible como la idea de que ella, tan hermosa, tan seductora y maravillosamente femenina, pueda ser «una de ellos», trabajar de algún modo a su lado. Y, sin embargo, así es. Es una de «ellos», no hay duda.

A veces pienso si no será ella un ser metálico también. Y que, como tantas veces he leído en temas de anticipación más o menos científicos, haya podido «imitarse», crear una metamorfosis espantosa, que convierta a una criatura «metaloide» y espeluznante en un ser de apariencia humana y real.

Pero no, no puede ser… No soy capaz de admitirlo…

Oh… Me duele la cabeza. Esta luz, esta fuerte luz que cae sobre mí… Los ojos también me duelen. Me siento fatigado, hundido en un sopor extraño… Sin embargo, mis ideas son claras.

¿Qué espera aquella gente al otro lado de la urna en que me han encerrado? ¿Qué hago aquí?

Porque el asteroide «Ulk» en que me encuentro no posee seres humanos, ni ninguna especie similar, y sin embargo…

Pero ¿quién me ha dicho que estoy en un asteroide y que se llama «Ulk»? ¿Quién me ha sugerido esa idea? Seguramente ha sido una ocurrencia mía. Pero una extraña ocurrencia…

¡No! ¡No es una cosa mía!… Alguien, «algo» me lo ha dicho. No sé cómo, pero es así. Experimento en mi cerebro algo extraño, profundo, singular… Algo que no sé explicarme. Parecen ondas mentales, fuertes e intensas… Llegan a mí emitidas por alguien… Alguien que tiene mucho más poder mental que yo. Infinitamente más… ¡Y me está dominando! ¡Creo que ese «algo» o «alguien»… está apoderándose de mi mente!

Es horrible…, pero lo siento. Me absorben las ideas; es como si chuparan mi cerebro… Y aquella espantosa gente de metal ahí fuera… Creo que se ríen, que cloquean con chirridos escalofriantes…, divirtiéndose con el experimento.

Quisiera levantarme de aquí. Pero aunque no tengo ligaduras, no puedo moverme. Estoy paralizado, petrificado. No tengo fuerzas ni domino mis miembros. Si ahora tampoco logro dominar mis pensamientos, ¿qué seré?

Apenas un autómata, un cuerpo muerto, en poder de un extraño…

Tal vez…, un robot.

¡Un robot!

¡Dios mío…! ¿Será posible que me convierta en eso? ¿Será posible?

Ya no veo nada. Se nubla todo. No pienso tampoco. Creo que vuelvo a hundirme en tinieblas. No sé lo que me espera ahora….

II

El lenguaje de «Ulk» hubiera sido ininteligible para cualquier ser humano.

Sin embargo, Ken Edwards comprendió al ser metálico que tenía frente a él, cuando empezó a hablarle en su extraño idioma chirriante:

—Ya eres uno de los nuestros, Ken Edwards. Tus pensamientos no existen. Tu voluntad no es tuya. Perteneces a nosotros los «metaloides», a la raza superior del planeta Kwaz, destrozado por un cataclismo. Del planeta sólo quedó el asteroide «Ulk», donde hoy residimos en un mundo pequeño pero nos sirve. Porque nosotros somos poderosos e inteligentes. Somos capaces de sobrevivir en cualquier parte, de dominar a cualquier raza, por poderosa que ésta sea…

Ken lo entendía todo. Y afirmaba, a cada palabra del «metaloide» erguido ante él. Claro que tenía razón su amo y señor. Él sabía que era así. ¿Quién era él para dudar de la palabra del hombre que dominaba su mente y sus actos?

—Óyeme bien, Ken Edwards. Eres mi esclavo. Mi perfecto robot, ¿has comprendido?

—Sí, amo —asintió Ken dócilmente—. He comprendido.

—¿Me obedecerás siempre en todo?

—En todo, amo mío. Para eso mandas tú en mí. El «metaloide» parecía satisfecho de él. Se movió con su pesadez habitual y dijo:

—Ahora, sígueme. Vas a conocer lo que es el mundo de «Ulk», lo que es nuestra raza. Lo grandes que somos nosotros, tus amos. Y conocerás a otros robots vivientes. Otros servidores nuestros, que nos ayudan a vivir que compensan con su fuerza y su agilidad la

que a nosotros nos falta. Lo importante es el cerebro. El cerebro domina, vence siempre… Ken Edwards asintió. Siempre asentía. Él tenía razón. Y él estaba obligado a obedecer y a reconocer su superioridad. Para eso era su amo. Y él, un simple robot.

Era agradable ser robot. No pensar, no rebelarse contra nada. Dejar que las cosas fueran así. Obedecer. Acatar al más fuerte, al más poderoso.

Siguió dócilmente a su amo. El metaloide se movía despacio. Pero en Ulk había unas bandas metálicas que se movían por sí solas, dependiendo de un núcleo central de mando, y aquellos caminos automáticos eran los que utilizaban los «metaloides» para viajar por el asteroide.

Penetraron en unas amplias grutas, a través de la boca de una caverna perforada en la roca viva. La ausencia de agua hacía el aire ardiente y seco. Pero un sistema de frío artificial combatía aquel calor. Tampoco había atmósfera en «Ulk».

Pero él podía respirar como si la hubiera. Sabía, sin que nadie se lo hubiera dicho, que una manipulación de los «metaloides» en su aparato respiratorio había habilitado éste a la ausencia total de oxígeno. No preguntaba cómo. Era algo que no le importaba a un robot, después de todo…

Por el interior de la gruta, otra banda metálica le llevó hasta el corazón mismo de aquel mundo subterráneo. Se movían como sierpes de acero. No era precisamente acero el metal de que estaban fabricadas, pero sí algo de igual dureza y mayor flexibilidad. Circulaban sobre unos rodillos magnéticos, y su movimiento parecía incesante.

Ken Edwards, con el rostro estúpidamente inmóvil, presenció el paso vertiginoso a través de galerías, naves y cavernas de fantástica belleza, sumidas en una claridad fosforescente y verdosa. A su lado, la figura metálica de su amo y señor permanecía rígida, sin malgastar energías en movimiento alguno.

Pronto descubrió las hileras de seres vivientes, en el más hondo paraje subterráneo. Eran muy similares a los seres humanos. Sólo se diferenciaban en algo peculiar. Los hombres tenían el cráneo totalmente pelado; las mujeres poseían una larga melena azul. Tenían ojos color oro y tez amarillenta. Sólo muy contadas mujeres, las mis bellas entre las que se podían ver allí, tenían la piel de un

color bronceado, menos amarillo.

Ken tuvo la vaga noción de que todo aquello le recordaba algo. O a alguien. Él nombre de Marsha acudió a su mente acorchada. Y se fue con la misma facilidad, sin dejar huella.

Todos aquellos seres estaban desprovistos de ropas, enteramente desnudos, y encadenados por unas curiosas cintas aceradas, flexibles y vivas, que rodeaban sus muñecas y tobillos, permitiéndoles trabajar, pero no intentar ninguna otra cosa. La extraña cadena podía tener millas y millas de longitud. En realidad, parecía no poseer principio ni fin.

—Ésos son nuestros esclavos absolutos, Ken Edwards —dijo en su idioma metálico el que ahora era su amo y señor—. Parecen terrestres, pero no lo son. Pertenecen, eso sí, a la especie de los humanoides como tú mismo. Clase inferior, bestias útiles para una raza inteligente y superior como la nuestra. No son de la Tierra, sino del propio «Ulk». Si ahora, en vez de ser un robot, fueses el mismo hombre que llegó aquí, te preguntarías cómo es posible que «Ulk» estuviese habitado por seres humanos. ¿No es cierto? Sin embargo, así ocurrió antes. Hasta que nosotros, la clase esclavizada, se rebeló contra esa Ley y demostró lo que valía, dominando a los humanoides. Ahora ellos son nuestros robots vivientes. Marsha es una de ellas, la más hermosa entre todas. La que fue a la Tierra a conquistar a un hombre. A cualquier hombre. Queríamos comprobar vuestro adelanto mental y físico. Es muy superior al de la raza humanoide de «Ulk», en plena decadencia. Estoy contento de tenerte aquí, como muestra de lo que para nosotros sería un planeta Tierra dominado, ocupado totalmente, controlados sus habitantes por nuestros poderosos cerebros. Pero estoy seguro de que aún nos falta saber algo de vosotros, los terrestres. Algo que ni la propia Marsha puede revelarme. Y tú tampoco, pese a ser un terrestre: ¡quiero saber cómo son las mujeres de la Tierra, mental y físicamente…, llegar a dominarlas por completo también! ¿Tú me ayudarás, Ken?

—Yo ayudaré siempre a mi amo y señor —recitó monótonamente Ken—. Tú mandas.

—Mira cómo trabajan nuestros esclavos, la raza humanoide de los «runoks». Ellos crean maquinaria, instrumental delicado, con los metales preciosos y sensibles de nuestro asteroide, tan rico en

productos minerales y en metales de las más variadas especies. Fabrican nuestros vehículos, aeronaves, cintas viajeras y mecanismos de nuestra invención, que ellos jamás hubieran imaginado.

—Sí, veo bien cómo vuestro gran poder domina a su pobre naturaleza.

—Pues así queremos dominar a vuestra raza, Ken Edwards. Desde ahora, tú serás llamado el «Robot-Tierra Número 1». O «Robot-T-1». Ya dejas de ser Ken Edwards de una vez para siempre. ¿Aceptas mi orden?

—Yo acepto todas las órdenes recibidas de ti, mi amo y señor. Soy tu esclavo.

—Sí,

«T-l».

—Añora necesito un robot mujer de la Tierra. Una mujer que sea hermosa e inteligente. ¿Conoces alguna?

No hubo vacilaciones en Ken. No podía haberlas. Él era un robot perfecto, obediente siempre a la vez que le ordenaba, a la mente que le regía. Sus pensamientos eran leídos por el «metaloide» con la misma o mayor claridad que si fueran palabras.

—Sí, conozco a una.

—¿Quién es?

—Ethel Munro. Fue mi novia. Es hermosa, inteligente y femenina. Lo que necesitas. Ella representa a la especie hembra de los humanos.

—Entonces, tráemela —fue la seca orden del «metaloide»—. Vuelve a la Tierra, y captura a esa mujer. Vuelve con ella al planeta. Como hicimos con Marsha, te acompañará uno de los nuestros, para vigilarte y controlar tu mente. Pero tienes que secuestrar a Ethel Munro. Sin importarte tus sentimientos de cuando eras humano. ¿Has entendido?

—Claro, señor. Yo no recuerdo nada. Sólo que te debo obediencia. Que soy tu esclavo.

—Eso es. Serás un buen «robot». El primero de tu mundo y de tu raza. Es un honor para ti. Cuando esa mujer sea también la primera robot del sexo opuesto empezaremos a estudiar la forma de ir invadiendo la Tierra, de ir apoderándonos de sus habitantes uno a uno, o por legiones, eso no cuenta ya.

Lo importante es que somos los más poderosos… ¡Somos los que dominamos los planetas habitados del Universo!

—Estoy seguro de ello, señor —afirmó Ken Edwards dócilmente.

II

La astronave se posó suavemente sobre la superficie de la Tierra. Era el regreso al viejo, al querido mundo.

Un regreso en el que Ken Edwards, que salió rumbo al asteroide «Ulk» jamás hubiera sospechado.

Allí estaba de nuevo. Ahora sin Marsha, el dorado cebo que le pusieron para atraparlo. Pero con un «metaloide» de vigilante, mentalmente poderoso, que controlaba por completo sus ideas, que le conducía como un autómata.

El Ken Edwards que regresaba a la Tierra era un auténtico robot, un ser frío y mecánico, de rostro hierático, ojos helados y sin expresión, de reflejos nulos, que sólo podían reproducir las órdenes ajenas.

Un hombre que volvía para vender a su propia ex novia al más horrible y espantoso de los enemigos de la Humanidad.

El vehículo espacial se detuvo plácidamente en el mismo claro que antes lo hiciera la nave que llevó a la Tierra a la mujer «runok», a la bella Marsha.

El corredor de la nave se abrió y Ken Edwards, aparentemente normal, tan sólo con una leve rigidez en el cuello —rigidez que Marsha también había mostrado, aunque Ken nunca llegó a observarla—, salió con paso tranquilo del centro del vehículo espacial y cruzó el pasillo. Las ondas mentales, poderosas, le llegaban desde el cerebro metálico del ser de «Ulk», situado en medio de la cámara de control.

«—Ve con los tuyos. Miente, finge, aparenta ser el de siempre. Defiéndete instintivamente de toda sospecha, de toda averiguación, de toda pesquisa o recelo… Y obra. Obra en favor de nosotros, tus amos No eres ya Ken Edwards, el hombre. Eres el robot
T-1,
recuérdalo… ¡Recuérdalo siempre!».

Ken Edwards asintió. Marchó por el corredor y dobló la esquina; luego siguió el semicírculo, en torno a la cámara central, hasta que

alcanzó un punto en el muro cóncavo, donde se detuvo sin saber por qué. Pero se lo ordenaban, y aquello era todo. La mente de un «metaloide» podía llegar hasta cientos de millas de distancia, una vez controlada la mente humana elegida.

La pared se abrió. Un segmento triangular se deslizó ante Ken, y se encontró en el umbrío bosque. Salió de la nave, tomando la dirección de la ciudad.

Nadie podía sospechar en la Tierra, que la gran invasión había comenzado. Que el más despiadado y frío enemigo del Universo había empezado a penetrar en el mundo de los hombres.

Y que, precisamente un hombre, un héroe público como Ken Edwards, era el primer guerrillero del ejército fantasma que dominaría muy pronto todo el planeta…

III

Ethel Munro enjugó el llanto de sus ojos. Se apartó de la ventana, tras contemplar las frías luminarias de los astros. Ella no sabía por qué miraba hacia allá. Acaso un sexto sentido, un presentimiento inexplicable, la forzaba a mirar hacia la altura, a perder su mirada en las estrellas.

Su regreso a casa estaba aún reciente. Todavía, muchas de las maletas estaban sin abrir. Había esperado encontrar a Ken. A pesar de todo, confió en que estaría allí. O que la llamaría, diciéndole lo mucho que había sufrido en su ausencia.

Y en vez de eso…, un mensaje del Departamento de Meteorología del Espacio:

«Ken Edwards desapareció hace cinco días. Se desconoce su paradero».

¿Dónde podía hallarse, después de pedir su reingreso en Meteorología? ¿Qué fue de él? ¿Qué locura había cometido, al verse abandonado por Ethel?

Ella no se consideraba culpable. Todo empezó por culpa de Ken. Pero ahora, serenamente, se decía que había sido un grave error romper definitivamente con él. Jamás debió dañarle tanto. Ken era un héroe. Había nacido para serlo durante toda su vida.

Y ni siquiera ella, la mujer de su corazón, podía oponerse a ello.

Había aprendido la lección, pero acaso un poco tarde. Ojalá no

lo fuera demasiado.

Cuantos esfuerzos había hecho por localizar a Ken fueron inútiles. No logró dar con él en parte alguna. Nadie sabía nada de él. Al parecer, el Departamento de Meteorología tenía razón en su informe. Ken había desaparecido misteriosamente, sin dejar el menor rastro.

Ethel se sentía responsable de aquello. No podía evitar que el llanto acudiera a sus ojos copiosamente. Hubiera dado algo, incluso años de su propia vida, por saber dónde estaba Ken.

Pero sabía que ahora, sus buenos deseos no servirían de nada. Con ellos solamente no encontraría a Ken.

Abrió el televisor, por si los boletines de noticias referían algo sobre Ken. No hubo noticias. Absolutamente ninguna. El locutor del telenoticiario se ocupó solamente de sucesos mundiales, a la presencia más o menos fantástica de alguna nave del espacio, no identificada como terrestre ni de línea regular interplanetaria, y poca cosa más.

Ethel apagó el receptor de televisión y avanzó hasta la azotea asomada a la ciudad esplendorosa, rutilante.

A aquella sima de luz y de vida había arrojado una noche su anillo de compromiso. Fue una tontería, un gran error que dolió profundamente a Edwards. No debió hacerlo. No debió cerrar sus oídos a las disculpas de Ken. Aunque sabía que nunca le hubiera dejado ir a enfrentarse con un tifón, con sus solas y pobres fuerzas. Pero, al menos, hubiera debido comprender. Ken era así. Siempre lo sería. Ni ella ni nadie podían evitarlo.

—¡Dios mío, perdón por mis torpezas! —musitó Ethel, hundiendo su rubia cabecita entre las manos—. No debí hacerlo. Nunca debí hacer eso… Señor, pido a Tu infinita bondad que Ken aparezca pronto, que vuelva a mí…, que pueda entonces pedirle perdón a él. Y esperar que me disculpe y todo vuelva a ser como antes.

Ethel estaba desesperada.

Luego permaneció silenciosa unos momentos. Asomada a la vista de Metropolia, sumergida en el embrujo de la noche.

Tras unos minutos extáticos, de profunda abstracción, salió de su abatimiento. Regresó, despacio, al gabinete. No había pisado la puerta cuando sonó el televisófono.

Corrió al receptor, con un extraño presentimiento. Acaso fueran noticias de Ken. Acaso todo se había arreglado ya; su plegaria había sido escuchada y atendida…

Cuando manipuló en el aparato, una profunda decepción se apoderó de ella. En la pantalla apareció la imagen de un empleado de las aerolíneas donde había hecho su viaje de regreso a Metropolia.

—Señorita Munro, su restante equipaje ha sido enviado por turbo transporte. Lo recibirá esta misma noche, y…

Desalentada, Ethel le dio las gracias y colgó.

Paseó por la estancia, pensativa, abatida. Era inútil esperar. Ken no volvería. Sólo Dios sabía adonde habría ido. Un hombre como él era capaz de cualquier cosa. Desde casarse alegremente con otra chica, nada más dejarla él, hasta ofrecerse voluntario para el primer viaje humano a Saturno o Plutón…

De nuevo sonó el televisófono. Ethel lo descolgó con indiferencia. Seguramente era otro mensaje de la Oficina aérea. Pero, de súbito, un grito ronco brotó de su garganta. La voz llegó hasta ella, antes de que hubiera mirado la pantalla visora:

—Ethel… Ethel querida… Soy yo…

—¡Ken! —gritó la joven con acento desgarrador.

Parpadeó rápidamente, por si era la imaginación la que le jugaba una mala pasada. Pero no era así. El rostro que apareció era el de Ken Edwards.

—¡Ken, eres tú! ¡Tú! —gimió la joven, estremecida de ilusión, de júbilo, llameantes sus ojos de alegría—. ¡Dios sea loado, tanto como lo he pedido! Ken…, amor mío…, perdóname…

—Estás perdonada, Ethel querida —dijo Ken suavemente, Su sonrisa era la de siempre. O a Ethel se lo pareció, sin la menor duda —. He vuelto…

—Ya lo veo, Ken, cariño… No sé cómo disculparme de las cosas que dije. Luego supe cuánto hiciste…

Y aunque te maldije mil veces por temerario, por loco…, terminé por decirme que eras el hombre más maravilloso del mundo…, que no podría vivir sin ti…

—Lo sé, Ethel. Lo sé, y lo esperaba de ti. He vuelto a por ti, amor mío. Solamente por ti estoy aquí…

—Ken, ¿dónde estabas metido? ¿Qué ha sucedido durante todo

este tiempo que has permanecido ausente? Todos te han buscado, todos se preguntaban dónde te habías ocultado…

—Ethel, no puedo explicarte lo que sucede. Quisiera encontrarme contigo en alguna parte. En un lugar discreto, donde nadie pueda vernos. Es muy importante.

Ethel preguntó:

—¿Qué sucede, Ken? ¿Algo grave?

—No lo sé aún. Pero puede serlo, Ethel. Es una misión secreta. Algo estrictamente confidencial. Pero necesito hablar con alguien. Ethel, he pensado en ti, y…

—¡Sí, Ken, sí! —Con llanto en los ojos, ella tartamudeó emocionada—. Gracias, querido gracias… No sabes lo feliz que me haces al hablar así. Te amo te amo mas que nunca, mi Ken… ¿Dónde quieras que no reunamos? ¿Cuándo?

—Pongamos… dentro de una hora, en el cruce de la Vía 163 con la Avenida 98. ¿Sabes dónde es?

—Sí, Ken. Es un poco apartado, ¿no crees? Está casi en las afueras de la ciudad.

—Ya lo sé. Pero recuerda lo que te he dicho. Un lugar donde nadie nos vea. Donde no sea fácil que nos descubran. Más tarde sabrás por qué, querida.

—De acuerdo, Ken. Sabes que tu voluntad es la que cuenta. Iré. Dentro de una hora estaré allí para abrazarte, amor mío.

Se apagó la imagen en la pantalla. Ethel, vibrando de emoción, colgó también el receptor. No había advertido nada extraño en Ken, salvo su afán por el secreto. Pero ni aquello ni mucho más hubiera despertado los recelos de una mujer enamorada.

Ethel se arregló rápidamente, poniéndose sus mejores y más elegantes ropas. Luego peinó su dorado cabello con femenina coquetería.

No sabía que iba a su propio desastre. Que estaba cayendo en la trampa tendida por un simple robot de carne y hueso…

CAPÍTULO VII

LA SEGUNDA MISIÓN

I



os labios de ambos enamorados se separaron. Tampoco el beso dejó advertir alguna anormalidad. La inteligencia del robot, con la de su propio amo, formaban una protección mental que capacitaba a los autómatas de los «metaloides» para fingir a la perfección. Como Marsha le engañó a él, ahora era el propio Ken, convertido en robot dócil e insensible, quien mentía a Ethel un cariño falso, que, sin embargo, a ella la convenció por completo.

—Oh, Ken, ¡cuánto he deseado este momento! —suspiró Ethel, mirándole profundamente a los ojos—. Hace apenas una hora, me

decía que jamás volvería a verte. Y de nuevo estoy junto a ti. Ken, te repito que lamento mucho lo de…

—Deja eso —cortó él—. Ya está todo dicho. Y yo lo he olvidado. Nos casaremos, mi querida Ethel. Todo sigue igual que antes.

Hubo un leve silencio, durante el cual la joven enjugó el llanto de sus profundos ojos verdes. Estaba hondamente emocionada, y no era capaz de ocultarlo. Ken la tomó fuertemente por la cintura, y musitó junto a su oído:

—Ethel, ahora has de hacerme un favor.

—Sí, querido, el que me pidas… —susurró ella.

—Tienes que acompañarme. He de realizar una gestión. Será rápida, pero necesito un auxiliar. No es lejos de aquí, Ethel. Basta que nos acerquemos a aquel bosque. Allí permaneceremos unos pocos segundos. Apenas nada, amor mío…

—Claro, Ken. Estoy a tu lado en todo y por todo —respondió ella—. La incomprensión de antes, que tan cara pudo costarme, está olvidada. Ahora soy otra mujer.

Ken rió, sardónico. Fue como si su propio ser, siempre cínico, sobresaliera un fugaz instante por encima del robot en que había sido convertido en el asteroide «Ulk», cuando recitó:

—Es curioso, Ethel. Pero yo también soy otro hombre, aunque no lo parezca…

—No, Ken —suspiró ella—. Tú nunca cambiarás. Seguirás siendo un poco loco y un poco héroe. Pero creo que, bien mirado, es así como me enamoré de ti. Y es así como te quiero…

Ken sonreía. Era su sonrisa de siempre, llena de firmeza, de confianza. Tomó a Ethel de una mano, cuando inició la marcha hacia los bosques. Ella le siguió dócilmente.

Se alejaron de la zona urbana, que allí tenía sus límites.

Todo estaba siendo fácil. Terriblemente fácil…

Cuando Ethel desembocó en el claro donde se erguía el extraño artefacto de forma hemisférica, color gris parduzco, hizo un instintivo movimiento de retroceso, y exclamó:

—¡Kent! ¿Qué es aquello?

—Oh, no te asustes por su aspecto —rió Edwards, al parecer muy divertido—. Se trata de un refugio meteorológico secreto. Ven conmigo. No ocurrirá nada. Absolutamente nada. Vamos, Ethel, sígueme…

Ella dominó su instintivo recelo hacia la extraña forma hemisférica, y siguió los pasos de Ken. Con cualquier otro al lado, hubiera echado a correr. Pero la proximidad de su prometido le dio valor, energías.

No podía saber que cometía un error gravísimo. Ni siquiera lo supo cuando se abrió la puerta triangular en el muro y entró, acompañada de Ken…

II

Ken Edwards permanecía erguido, rígido e indiferente. Todavía resonaban en sus oídos las últimas palabras de Ethel Munro, inerte ahora sobre el suelo bruñido de la astronave:

—¡Traidor! ¡Canalla! Ken… ¿adónde me has traído? ¿Quién es ese espantoso ser?

Luego había intentado huir. La puerta se había cerrado, hermética, ante ella. Desesperada, se abalanzó sobre Ken, le golpeó, llorando y gritando, El «metaloide» accionó el resorte de las descargas electrónicas. Ethel rodó por el suelo, con un chillido de horror.

Y había terminado su resistencia. Ken Edwards recordaba aún sus palabras, igual que un cerebro electrónico puede recordar sonidos que le hacen vibrar, pero que no le emocionan en absoluto.

Ahora, el robot humano contempló a su amo y señor. El «metaloide» agitó una de sus terribles pinzas en el aire. Era una señal aprobatoria. Luego, la voz chirriante sonó, dando órdenes a Ken:

—El amo ha transmitido órdenes desde «Ulk» —informó en su extraña lengua, que el cerebro de Ken interpretaba fielmente—. Órdenes nuevas… y urgentes.

—Escucho —recitó, monocorde, Ken Edwards—. Yo siempre escucho a quien manda en mí.

—Necesitamos a una mujer, y ya la tenemos. Estamos contentos con tu trabajo,

T-l.

Pero ahora has de hacer algo más. Algo que a ti puede serte más fácil que a otro.

—¿Qué es ello?

—Robar para nosotros una nave terrestre, un vehículo espacial construido por el hombre. Nos lo llevaremos al asteroide.

—¿Cómo? ¿A bordo de éste? No es posible. Ninguna nave nuestra cabe aquí dentro.

—Iremos con vuestra propia nave al asteroide. Eso será mejor. Yo me quedaré en la Tierra contigo, robot, hasta que te apoderes de esa astronave.

—¿Y esta nave? —señaló a Ethel, indiferente y glacial—. ¿Y ella?

—Irán solas. Yo puedo enviarlas allá. Vamos, saltaremos de aquí. Me refugiaré en el bosque. Esperaré, tu regreso con la nave que tienes que robar. Partiremos lo antes posible.

Ken dijo:

—Sí, amo y señor. Así se hará.

El robot pulsó un resorte magnético. Era un sistema de control remoto. La nave, ahora, sería atraída desde el asteroide «Ulk», sin necesidad de pilotos vivos. Con Ethel Munro, la mujer secuestrada, dentro de la nave, como única pasajera. Inconsciente y vencida. Una víctima más, un próximo robot para los «metaloides». El principio del fin para la raza humana amenazada…

Salieron los dos del vehículo espacial. La espantable figura del «metaloide», que hubiera despertado el terror y la angustia entre las gentes de la Tierra, de haber sido advertido, se ocultó entre los arbustos y ramajes, junto al claro, en tanto que la nave circular se alejaba más y más, hacia el azul, hasta desaparecer en la distancia, rumbo a los lejanos astros, que ahora se habían eclipsado tras densos nubarrones color plomizo. Soplaba un aire húmedo y cortante, que tanto a Ken Edwards como al «metaloide», pareció dejarles indiferentes. Tras de aquellas nubes, había desaparecido ya la nave, como un auténtico «plato volador» girando en el vacío, alejándose cada vez más de la Tierra, cuando Ken echó a andar hacia la ciudad, automáticamente, rígido el cuello.

En su mente se repetía una y otra vez la orden fría e implacable, emitida en intensas oleadas telepáticas por el poderoso cerebro que le esclavizaba, por el satánico poder de los «metaloides» de «Ulk»:

—Roba una nave espacial terrestre. Roba esa nave y tráela aquí antes de que llegue la luz del día. ¡Cumple tu misión, robot!.

Ken la cumpliría. Era una perfecta máquina de obediencia, con

inteligencia propia pero sometida a la de sus dominadores. Algo contra lo que nadie podría luchar cuando empezaran a filtrarse entre los seres normales. Y ese día no estaba lejos.

III

Las altas cercas metálicas, las alambradas del espaciódromo del Servicio Especial Meteorológico, aparecieron ante sus ojos. Siguió andando, avanzando en línea recta, siempre hacia allá.

La noche estaba agonizando. Las nubes cubrían totalmente el cielo, sin permitir descubrir ya los astros, cuya luz se debilitaba a medida que se aproximaba la luz del nuevo día.

Era preciso ir deprisa. Antes de que la luz cayera sobre el lugar, Ken Edwards tenía que apoderarse de aquella nave. Sabía lo que quería. Y cómo conseguirlo. Por eso era un perfecto robot. Y un obediente servidor de sus amos…

Llegó ante la puerta del espaciódromo. No se ocultó. El centinela de guardia se volvió de repente y miró en su dirección. Le dio el alto, levantando su fusil nuclear:

—¡Alto! ¡No siga adelante!

Ken alzó sus manos con una sonrisa. Nadie hubiera dicho que era otro hombre distinto al que siempre conociera aquel mismo centinela. No habló. Cuando le tuvo más cerca, el centinela pegó un respingo y abrió mucho los ojos.

—¡Diablos, Edwards! ¡Eres tú, chico…! —Bajó rápidamente el arma—. ¿De dónde sales ahora?

—Sería largo de contar. Prefiero decírselo directamente al jefe. ¿Está Dolan o Kraff en las oficinas centrales?

—Ahora, solamente está Dolan. Hoy le corresponde guardia. Le llamaré desde la cabina de entrada. Ya sabes que ése es el reglamento… aun con un hombre como tú, Ken.

Ken asintió:

—Claro, muchacho. Llama a Dolan. Dile que voy a contarle muchas cosas interesantes.

Siguió al centinela al interior de la reducida cabina provista de teléfono y pantalla visora. El guardián se inclinó, disponiéndose a alzar el micrófono. Para ello le dio la espalda a Ken. Nunca hubiera esperado semejante reacción en su amigo y compañero.

Cuando la advirtió, era muy tarde para resistirse. Vio en la pared, ante él, la sombra de Edwards, alzando algo contundente que desplomó sobre su cabeza. Giró en redondo mascullando algo, y levantando el rifle para disparar sin contemplaciones. Pero la gruesa piedra que empuñaba Ken le golpeó la cabeza, junto a la sien. Su propio giro rápido le salvó acaso de morir. Ken era ahora un robot, un autómata capaz de matar, si así le era ordenado. Y la orden era: «Obrar, fuese como fuese».

El centinela vaciló tras el golpe. Ken le arrancó el rifle de las manos y le soltó un culatazo tremendo al mentón. Crujió el hueso, y el infortunado rodó de bruces, quedando inmóvil a sus pies. Ken rió entre dientes. Fuera, retumbó un sordo trueno, al tiempo que un centelleo lívido penetraba por las rendijas de la garita del centinela.

La tormenta estaba ya sobre él. Pero aquello no le preocupaba. En realidad, ni siquiera parecía saber lo que era o significaba una tormenta. Su mente no registraba tal sensación.

Salió de la cabina del centinela. Corrió, pegado a los muros de los hangares del espaciódromo de Meteorología. Estaba comenzando a llover. Una lluvia gruesa, tamborileante y ruidosa. Aumentó en intensidad, a medida que él avanzaba hacia el hangar Siete, donde se guardaban los mejores y más rápidos vehículos del espacio para el Servicio Meteorológico. Entre ellos, el suyo propio. El «Delfín Z».

Era curioso. Pero los impactos de lluvia sobre su carne le hicieron sentir un cierto terror. Un miedo invencible al agua. Era absurdo aquello. Sobre todo en un robot. Y él era un robot.

Alcanzó el hangar siete cuando ya la lluvia era torrencial, y caía sobre la ciudad y sus alrededores copiosamente, formando una densa cortina a través de la cual resultaba difícil ver algo.

Había un guardián, también amigo suyo, a la puerta del hangar. Cuando le vio, quedó muy sorprendido. Acudió a tenderle la mano, aun exponiéndose al torrencial diluvio.

—Ken, ¡diablo! —farfulló—. ¡Dichosos los ojos que te ven otra vez, muchacho!

Edwards le estrechó la mano. Y mientras le sujetaba la diestra, disparó su zurda, formidable por la tremenda energía física de Ken. El impacto alcanzó al centinela en el hígado.

Le dobló, con un ahogado estertor de asombro. Luego, el mismo

puño izquierdo de Ken se disparó hacia arriba, proyectando lejos al centinela, que rodó de bruces sobre el fango. Quedó inerte, junto al hangar.

Ken Edwards se inclinó con rapidez. Tomó la llave electrónica del centinela. La aproximó a la cerradura de seguridad, pulsando el resorte que desconectaba la alarma, y que sólo los miembros del Servicio Especial conocían, y abrió.

Se introdujo rápidamente en el hangar, y alcanzó el punto donde estaba posado el «Delfín Z». Subió a la cabina.

Había dejado abierta la puerta deslizante. Fuera, la lluvia era densa e impenetrable. Pero él había cruzado peores tormentas. Su astronave de meteorología se deslizó, dócil a su mando, por la rampa descendente, hacia las pistas.

Salió a la pista, salvando la franja de tierra blanda y fangosa. Luego se deslizó por encima del cemento, a través del espaciódromo ahora desierto. Nadie le vio despegar.

Se remontó entre la lluvia, subió y subió, en medio de densos nubarrones, para eludir la búsqueda de las torres meteorológicas. Las manos de Ken Edwards se aferraban al volante, conduciendo diestramente el «Delfín Z».

Tomó la dirección del bosque. La misión estaba cumplida.

Y entonces, de súbito, algo estalló dentro de su mente.

Fue como un chispazo escalofriante de clarividencia, de súbita comprensión, de retorno a la inteligencia…

—¡Dios mío! —exclamó Ken Edwards, inclinándose violentamente sobre el volante, demudado y trémulo, invadido por una súbita angustia, por un creciente y desesperado horror—. «¿Yo qué soy? ¿Soy hombre… o robot?».

* * *

«Y así ha ocurrido todo».

De esa forma, yo, Ken Edwards, estoy ahora aquí, a través del espacio, en un viaje hacia un lugar que ni siquiera estoy seguro de hallar. De viaje hacia el asteroide terrible de los seres metálicos que me han tenido esclavizado…

No sé lo que ocurrió. Pero en aquel momento, súbita e inesperadamente, volví a ser Ken Edwards. Algo le había sucedido a

mi dominador más cercano. Algo que redujo o aniquiló su poder telepático, y dejó en libertad mi mente, de nuevo consciente y humana, al faltarle la energía ajena que reflejaba como un espejo.

Claro que cuando llegue al asteroide, la fuerza magnética de las mentes «metaloides» volverán a ejercer su acción sobre mí. Eso, si llego algún día…

Para entonces, Ethel ya será un robot, como yo he sido. Otro autómata de carne y hueso, al servicio de aquellos seres monstruosos y satánicos que quieren dominar nuestro planeta.

Por eso ahora he conectado el piloto automático. Y he señalado el rumbo de mi nave hacia el planeta Marte. Allí está el profesor Wasserman, uno de los primeros expertos en el cerebro humano. Voy a perder unas horas con él. Ya se ha perdido tanto tiempo, Que merece la pena intentar algo, hablar con él… y ver si existe un remedio todavía.

Quiero saber lo que hay dentro de mí mismo. Lo que encierra mi cerebro. Quiero, en definitiva, una respuesta a esta pregunta:

Yo… ¿soy hombre o robot?

Y después, cuando sepa la verdad, sea cual sea, seguiré viaje hacia «Ulk».

Intentaré salvar a Ethel, librarla de la horrible suerte a la que mis errores la han llevado.

Si no lo consigo, si me quedo allí, sin poder salvar a Ethel… será porque, después as todo, no soy humano.

Y, entonces, valdrá más perecer…

Capítulo VIII

Robot y Hombre

I



l «Delfín Z» sobrevoló el terreno pedregoso, árido y ardiente del asteroide «Ulk».

Estaba, seguro de ello. A pesar de realizar su vuelo ciegamente, sin auténtica base para fijar el rumbo concreto, parecía aquél su destino. El pequeño mundo rocoso, el fragmento del viejo planeta destruido, se hallaba en el Sexto Anillo de Asteroides, entre Marte y Júpiter.

Ken Edwards poseía una memoria fotográfica. Algunos aspectos geológicos del mundo de los «metaloides» le eran difíciles de olvidar. No cabía duda de que, definitivamente, había llegado a su

destino.

Ahora tenía que posarse sobre el planeta. Y correr el gran riesgo, afrontar la prueba suprema. Da ella dependía todo.

Edwards redujo la velocidad y la altura. Tenía que luchar con muchas fuerzas gravitatorias encontradas, pero había elegido bien el punto de reducción de marcha, y la atracción de «Ulk» fue superior a ninguna otra. Se posó despacio, sobre un yermo paraje rodeado de rocas, tras sobrevolar unas colinas pedregosas, sin el menor rastro de vegetación o agua.

El «Delfín Z» terminó por detenerse. Ken Edwards respiró hondo, enjugándose el sudor de su frente. Avanzó hacia la puerta. Antes, empuñó una pistola nuclear que colgaba de una funda en el muro de la aeronave meteorológica.

Salió. Sus largas y elásticas piernas pisaron el umbral del aparato. La escalerilla automática brotó, hasta tocar el suelo duro, amarillo y ardiente. Comenzó a descender. Paso a paso, escalón por escalón. Cuando pisó el suelo del asteroide, se detuvo en seco.

De unos orificios, en las rocas, de una auténtica criba de oquedades o cavernas, comenzaron a surgir formas vivientes de brillo gris parduzco. Figuras de cabeza ovalada, manos de pinzas metálicas dentadas. Cuerpos pesados y fuertes, superiores a los dos metros de estatura, que iban emergiendo, entre curiosos y malignos.

Ken se puso rígido. Su cuello se envaró. De nuevo, la expresión del rostro se idiotizó, perdiendo vida y luz sus pupilas. Cuando reanudó la marcha, ésta era automática, rígida, como lo fuera durante su esclavitud a los «metaloides».

Las órdenes de sus amos le llegaron en intensas y punzantes oleadas, penetrando incisivas en su mente:

—«Ven aquí. Has vuelto solo. ¿Qué ha ocurrido con tu amo? Ven aquí y habla. Si has venido, es por tu voluntad. Quedaste libre de su influjo. Habla ahora: ¿sigues siendo nuestro robot, nuestro servidor leal?».

Edwards no respondió a nada de eso. Avanzaba lenta, seguramente, hacia la masa de «metaloides». Sus palabras telepáticas fueron respondidas cuando Ken se detuvo ante ellos. Habló tal y como siempre había hablado desde que le convirtieron en un ser mecánico:

—Mi amo y señor fue destruido por los hombres… Yo escapé

antes de morir él, cuando me lo ordenó y fijó mi ruta. Luego, he olvidado las órdenes. He querido rebelarme. Pero también he intentado destruiros y salvar a esa mujer a la que os entregué. Ahora, cuando me disponía a rebelarme contra vosotros, mis amos y señores, ha ocurrido algo extraño. Y he vuelto a ser el que era. He vuelto a obedeceros, mis amos. Soy leal y obediente, como me queréis…

Los «metaloides» le estudiaban fijamente, con sus extrañas y malévolas pupilas amarillas. Penetraban profundamente en su cerebro. Sus poderosas mentes registraron los rincones más ocultos de la cabeza de Ken Edwards. Pero el resultado fue positivo para Ken. Seguía siendo un robot.

—Ven con nosotros —dijo uno de los «metaloides»—. Vas a ver cómo tu prisionera, la mujer que nos has entregado, se convierte en un robot dócil como tú. Ven,
T-l.
Te gustará el espectáculo…

—Siempre gusta el triunfo de nuestra causa —habló Ken, con tono monocorde—. Soy leal a mis amos y señores… Quiero ver a Ethel Munro convertida en otra leal servidora como yo.

—Entonces, acompáñanos.

Ken Edwards siguió a los «metaloides». De nuevo las cintas metálicas subterráneas les condujeron a lo largo de las cavernas, hacia el centro del mundo interior del asteroide, auténtico refugio secreto, sede central de la masa de seres metálicos.

Allí, en una galería donde trabajaban hileras de «runoks» encadenados por las extrañan fibras metálicas, que controlaban sus actos, otra banda acerada en movimiento les condujo hasta una cámara final, que Ken reconoció enseguida.

Era la misma campana cristalina donde él se encontrara encerrado cuando fue sometido a la operación metal. Ahora, sobre la tabla verde, ligada por bandas electrónicas invisibles, yacía Ethel Munro.

Una Ethel Munro lívida, desencajada y llena de horror. En torno de ella, la urna cristalina la separaba de los demás. Los chirridos de los «metaloides» hablaban de cosas que el robot Edwards entendía perfectamente:

—Esa pared cristalina, tan frágil, encierra, sin embargo, a un ser

que no puede moverse. Sólo nosotros podríamos romper o mover esa urna, accionando el resorte que cierra el paso a las ondas magnéticas protectoras. Pero ella está presa, inmovilizada por esa corriente magnética… Y vamos a introducir en su cerebro las células que adaptarán nuestros pensamientos, como un espejo que refleje nuestras propias ideas y órdenes… Su pulmón está ya adaptado a la ausencia de airé. Ahora, sólo falta el cambio en su cerebro, para convertirla en un robot. Es una cosa sencilla… y rápida. Durante estos días, las ondas se han ido adaptando a su graduación encefaloeléctrica. Ya sólo es cuestión de obrar decisivamente con el proyector magnético de absorción de pensamiento y voluntad. ¡Sólo nosotros, la raza suprema, podremos alcanzar tal triunfo universal sobre todas las razas de los demás planetas!

Aquello parecía que no le afectaba a Ken, en absoluto. Después de todo, él era un robot, un fiel servidor de los «metaloides».

Asistía, impertérrito, sin una alteración en su gesto, a la tortura lacerante de la cautiva, dentro de la urna. Ethel le había visto. Sus grandes ojos verdes le miraban, implorantes, demandando piedad. Un poco de piedad del hombre a quien amaba, del hombre que la había traicionado tan artera, tan inhumanamente, entregándola a aquellas criaturas horrendas, de auténtica pesadilla.

Pero Ken Edwards, impasible, parecía tan lejano de ella, como si le separasen los mismos espacios siderales, eternos e infinitos. No movería un dedo para salvarla. Después de todo, él era un robot…

El rayo magnético comenzó a brillar. Su verde fosforescencia iluminó a Ethel, que pareció bañada en el fantasmal fulgor verdoso…

II

De súbito, Ken Edwards dejó de ser el pasivo robot que todos creían.

Fue tan repentino, tan inesperado, que los lentos y pesados «metaloides» no fueron capaces de impedirlo. Ken era demasiado rápido, aun para los propios hombres. Mucho más, por tanto, para aquellos seres de movimientos perezosos.

Se abalanzó sobre el cuadro de controles. Tiró hacia si del

interruptor de corriente magnética, que se cortó con un zumbido apagado.

Dentro de la urna cristalina, Ethel Munro se movió. ¡Estaba libre, rotas las invisibles ataduras magnéticas que la retenían a la plancha verde! Dos «metaloides» se movieron con lentitud hacia Ken, para inmovilizarlo una vez pasado el primer momento de estupor.

Ken sabía que había vencido por medio de la única arma factible ante aquellos seres. La rapidez muscular, la celeridad de movimientos. Sus cerebros eran más poderosos, pero en cambio carecían de la agilidad muscular de un humano.

Saltó, una vez cortada la corriente magnética, hacia la urna cristalina. La alcanzó en escasos segundos, mientras algunos autómatas pugnaban por conectar el fluido. La luz verdosa había desaparecido totalmente.

Ken Edwards desgarró la urna con sus manos poderosas, auténticos manojos de hueso y músculo, al servicio de un cerebro astuto y enérgico. Ethel se había incorporado solamente a medias, con una expresión de esperanza en sus ojos, ante la acción rápida, vertiginosa, de Ken.

—¡Vamos, Ethel! ¡Hay que huir de aquí… cuanto antes! —gritó Ken, extendiendo hacia ella su mano.

La aferró con fuerza. Ella saltó fuera de la destrozada urna. Los «metaloides» en legión, trataban ahora de cortarles el paso, de bloquear las bandas metálicas para evitar que lograsen escapar.

Los que se dirigían a los resortes de magnetismo estaban ya junto al cuadro de controles. La situación se hacía por momentos más y más desesperada…

Los dos terrestres corrían ya en forma desesperada hacia la salida. Pero los «metaloides» eran demasiado astutos para permitir que la salida quedase totalmente libre. Cubrían por completo los accesos al exterior, y con ello, les encerraban en un cerco subterráneo escalofriante. Si ahora no salían de allí, en cuestión de segundos, jamás lo conseguirían.

Ya los «metaloides» iban a oprimir los resortes magnéticos. Esto les daría de nuevo el mando absoluto de la situación, Ken lo sabía.

Se inclinó y tomó un pesado pedrusco de la galería. Los «metaloides» habían estado siempre tan seguros de su superioridad

absoluta sobre todos los demás, que ahora se encontraban en un auténtico y desesperante dilema, al surgir un hombre poderoso, inteligente y con total independencia mental, capaz de obrar por su cuenta contra ellos.

Ken arrojó la más sencilla y primitiva de las armas humanas, la piedra que ya utilizaron los seres prehistóricos, para alcanzar los interruptores magnéticos, en un tiro formidable y preciso, de gran alcance.

Rompió la base del interruptor, tal y como esperaba.

Aquello les concedía unos minutos de ventaja. Los «metaloides» comprendieron su momentáneo fracaso, porque un chirrido general se elevó de entre ellos.

Y Ken Edwards, cuya mente había sido analizada por el profesor Wasserman, en Marte, logrando aislar su auténtico cerebro de las células reflejo creadas por los «metaloides» para captar sus ideas y órdenes mentales, lo que había logrado crear en él una dualidad de mente-propia y mente-esclava, separadas mutuamente, e imposibilitando a la mayor de las fuerzas cerebrales alcanzar sus ondas personales, entendió, con su mente-reflejo, lo que ellos gritaban en sus ininteligibles chirridos:

—«¡Cogedlos! ¡Destruid al terrestre! ¡No es un robot! ¡Se ha evadido a nuestro poder!».

Parecían ignorar cómo era aquello posible. Cómo un simple e insignificante ser humano había sido capaz de rebelarse, de desafiar y derrotar a la orgullosa raza superior, a los metálicos seres de «Ulk»…

Ken, entre tanto, lograda la rotura del interruptor magnético, que evitaría durante un período de tiempo precioso, dada la lentitud de los «metaloides», la marcha de las bandas metálicas automáticas, aprovechó cada momento, cada segundo, en huir, en poner entre él y las aceradas criaturas la mayor distancia posible. Salvar la muralla que opusieron a la entrada fue relativamente fácil. La única dificultad, el grave peligro, consistía en eludir sus mortíferas tenazas dentadas. Pero lo lograron, y poco después huían precipitadamente, corredor adelante… siempre escapando de la amenaza pavorosa de los monstruosos habitantes de «Ulk».

Buscaban la libertad.

Pero Ken, mientras corría, con Ethel a su lado, sabía el peligro

de muerte que arrostraban, lo desesperado y arduo de su escapatoria, ya que los «metaloides» no contaban con sus solas fuerzas, muy pobres en el esfuerzo físico, aunque poderosas en lo mental.

Ellos poseían a los «runoks», los siervos humanoides de «Ulk», los que podían igualar en esfuerzo físico a los terrestres… ¡y que eran auténticos robots en poder de las mentes privilegiadas de los seres de metal!

Cruzaron junto a una hilera de ellos. La sierpe metálica que les unía aparecía inmovilizada, como muerta. Ken Edwards, con un ramalazo optimista, comprendió la razón de aquella quietud que situaba a los «runoks», o esclavos humanos, en total inferioridad, pese a las tajantes órdenes recibidas en sus mentes, con respecto a Ethel y él.

¡La fuerza magnética controlaba también sus cadenas de metal «vivo»! Mientras no se reactivara el fluido magnético, estaban virtualmente reducidos a la total impotencia.

Pero, a pesar de todo, recibían las órdenes de los poderosos «metaloides». Pese a sus ataduras de metal, los «runoks» más cercanos a la salida de la galería forzaron sus, ligaduras. Fue a costa de penosos y terribles esfuerzos. Pero lo consiguieron, cerrándoles el paso. Eran seis autómatas de carne y hueso, seis seres resueltos a evitar que escaparan, porque así lo ordenaba su amo y señor, que era en realidad toda la especie «metaloide».

Edwards no vaciló. Aquellos seres podían ser tan diestros como él y estar movidos por una inteligencia poderosa. Pero él no era tonto. Ahora, además de dominar su propio cerebro, dominaba también sus músculos. Y éstos eran algo muy serio.

Sin vacilar un solo momento, se encaró con los enemigos que cubrían la salida.

Sus puños empezaron a aporrear rostros y cuerpos físicamente débiles por el rigor de la esclavitud en «Ulk». No tuvo compasión de ellos, pese a que personalmente les compadecía. Pero no golpeaba a seres humanos, sino a fríos y despiadados robots. Les pegó fuerte y bien.

Ken Edwards era un titán, un auténtico coloso, repartiendo impactos de mortífera precisión y dureza. Sus oponentes, pese a la ligazón de metal, que les oprimía muñecas y tobillos, salieron

disparados, como simples juguetes o peleles, bajo los mazazos de Ken.

Así, la idea postrera de los «metaloides» para cortarles el paso, en tanto reparaban con su tediosa calma la avería producida en la corriente magnética que era para ellos su propio sistema de vida, fracasó también.

Ken Edwards, siempre sin separarse de Ethel, siguió adelante, a impresionante velocidad, la carrera hacia la salida del subterráneo, hacia la posible salvación, cada vez más próxima.

—¡Ken, Dios mío! —susurró Ethel, sin dejar de correr—. ¿En qué horrible mundo estamos metidos?

—Es el más pequeño y terrible de todos, Ethel —respondió Ken, sin disminuir en su carrera—. Pero no me juzgues mal. Yo no tuve la culpa de cuanto ha ocurrido. Cuando te rapté en la Tierra, cuando te conduje a aquella nave espantosa del espacio, no era yo quien lo hacía. Sé que eso se hace difícil de creer, Ethel, pero entonces era simplemente un robot al servicio de esos seres. Ahora vuelvo a ser yo mismo. Y te sacaré de aquí, o pereceré en el empeño…

Ethel le miró fijamente. Ken comprendió que ella creía en él. Que esperaba un milagro en realidad al confiar en la salvación final. Pero que también él tenía fe en ese milagro, porque pensaba que, por encima de los «metaloides» y su poder sin límites en radiaciones mentales, por encima del asteroide «Ulk» y por encima de muchos otros poderes humados o inhumanos que pudieran existir en el Cosmos… existía Alguien superior a todos.

Y ese Alguien, ese Poder Supremo, podía salvar sus vidas… y las vidas de todos los terrestres a la vez.

Porque Ken Edward sabía que escapar no bastaba. Que huir de aquel pequeño mundo no era suficiente. Los «metaloides» reconstruirían su imperio de poder y de tiranía. Llegarían a la Tierra… la invadirían con sus robots humanos.

¡Todo estaría perdido!

Era preciso escapar… ¡Y aniquilar a los monstruos del espacio, a los enigmáticos e ignorados seres de «Ulk»!

Si lo primero, pese a que cada vez estaban más cerca de la salida en aquella alucinante carrera contra reloj, era problemático, lo segundo parecía francamente imposible. ¿Qué podía hacer él solo

contra los «metaloides»?

Al parecer, nada. Absolutamente nada…

III

Ya estaba en el exterior. La lejana y mortecina luz solar, tan distante de la zona de los asteroides, reveló a sus ojos un pelado y estremecedor paisaje yermo. En el centro de una planicie desértica, se erguía la forma roja, aguda y esbelta del «Delfín Z».

Era su única esperanza. Si alcanzaban la nave, estarían a salvo.

Pero había dos formas pesadas, metálicas, ante el vehículo espacial. Dos formas que, como movidas por una poderosa corriente telepática, se apresuraron a cruzarse en el camino de Ken y de Ethel.

—¡Nos cierran el paso! —gimió ella, que sabía bien cuál era su última y postrera esperanza de salvación.

—¡Malditos gusanos! —aulló Ken, furioso—. ¡Destrozaré a todos los que intenten cruzarse en nuestro camino! ¡Sean quienes sean! ¡Tienes que pasar tú, Ethel!

—Por Dios, Ken, no hagas locuras… —suplicó ella—. Eres mi único defensor, pero eso no me importa ahora. No me importa cuanto pueda ocurrirme a mí, Ken… ¡Pero tú no cometas imprudencias! No quiero vivir, no deseo salvarme de esta pesadilla, si tú te quedas aquí. ¡O nos libramos los dos… o ambos quedamos aquí!

—Ethel, sería una suerte horrible la nuestra en este mundo atroz… Condenados a ser eternamente robots… Sin corazón, sin cerebro… sin alma. No, Ethel, es demasiado espantoso imaginarlo. Prefiero que luches, que pugnes por huir, siquiera sea quedándome yo atrás.

—¡No!

—Pero, Ethel, yo tuve la culpa de todo esto… Yo te traje hasta aquí. Y, primeramente, yo me metí de cabeza en el asunto, por un estúpido error que nunca me perdonarás… ¡Ethel, procura escapar tú, mientras yo lucho con ellos!

—Te repito que… no. Prefiero morir a tu lado como ser humano, a continuar con vida, sabiendo que tú has muerto o han hecho de ti un espantoso autómata capaz de todo.

Ken la miró un instante. Con profundidad y ternura. Ahora no era ya el robot humano quien la miraba, sino el verdadero ser viviente.

—Gracias, amor mío —musitó—. Creo que siempre he sido un loco. Pero más aún cuando creí que podía vivir sin ti…

Estaban ya ante la astronave meteorológica. Los dos «metaloides» se movieron hacia él, con su pesadez característica de movimientos. Sin embargo, el terreno era tan breve, tan escaso al pie de la escalerilla del «Delfín Z», que les bastaba para cubrirlo con total seguridad. Ningún ser humano, frente a aquellas dos moles de metal vivo, sería capaz de abrir brecha. Ni siquiera un hombre como Ken Edwards.

Capítulo IX

EL Arma Natural

I



pesar de todo, Ken lo intentó.

Cuando los dos «metaloides» dirigieron hacia él sus tenazas, Ken eludió los chirriantes chasquidos de las pinzas de acero. Cualquiera de ellas le pudo haber triturado en menos de un segundo.

Pero Ken era agilísimo, un verdadero prodigio de músculos y de elasticidad, llegado el caso de máxima urgencia. Y jamás, en toda su vida azarosa, Ken se encontró con más serio problema que eludir la amenaza cortante de aquellas trágicas pinzas metálicas que le buscaban.

Salvó uno y otro tajo, con movimientos agilísimos, de espeluznante celeridad. Ken sentía a sus espaldas los gritos de angustia de Ethel, al advertir su lucha contra los titanes de metal.

De pronto, uno de los monstruos de «Ulk» hizo un rápido cambio en sus movimientos. Acaso no fuera realmente rápido, pero sí lo era para su habitual lentitud. A Ken le sorprendió.

Fue tan súbito, que cayó de rodillas. Su cabeza quedó al alcance de una de las tenazas mortíferas, que voló hacia el cuello para cortárselo de un brutal tijeretazo…

Ethel advirtió el peligro. Era una mujer serena y valerosa, que sabía hacer algo más que gritar, llegado el caso. Supo, inmediatamente de ver resbalar a Ken en la dura superficie, pedregosa del asteroide, que iba a morir…

Se inclinó vertiginosamente, y como Ken anteriormente, en la cueva, tomó el arma contundente y primitiva de todas: un duro y agudo peñasco.

Lo arrojó contra la tenaza en marcha. La piedra pegó entre sus dientes, se atascó en la tijera chirriante, similar a la pinza de un gigantesco cangrejo, justamente cuando iba a dar alcance a Ken Edwards.

Crujió el miembro, se retorció el «metaloide», sin duda al experimentar la viva laceración de sus tejidos metálicos. Cuando abrió del todo la tenaza y soltó la piedra, ya era tarde. Ken había saltado lejos de él.

El segundo monstruo se había inclinado también velozmente, en busca de Ken. Pero al escabullirse éste, gracias a la acción precisa y oportuna de Ethel, todo cambió de súbito.

El camino hacia la portezuela del «Delfín Z» quedó franco por un par de segundos. Justamente lo que necesitaba Ken. Se lanzó sobre Ethel, la tomó por una mano, y corrió con ella.

Salvó un nuevo esfuerzo de los lentos «metaloides». Subieron por la escalerilla.

La corriente magnética había sido repuesta en el asteroide. Ahora pudo ver a legiones de «runoks» o humanoides cautivos, lanzándose como hidras de hormigas furiosas hacia el vehículo terrestre. Todos acataban la orden dada por sus cerebros rectores, los «metaloides».

Llegarían al «Delfín Z» en escasos momentos. Ya no les sujetaban

con las bandas de metal viviente, sino que les habían libertado para que acudieran a ellos y les aniquilasen definitivamente.

Todo antes que permitirles huir. Los monstruos de «Ulk» sabían que aquello significaría un serio desastre. Y eso que ignoraban, en realidad, la clase de terrible desastre que sobre ellos se cernería en cuanto Ken Edwards arrancase de allí…, si llegaba a arrancar alguna vez.

Ya estaba en la portezuela del «Delfín Z». Sus nervios en tensión, sintiendo a su lado el convulso temblor de Ethel, pendiente de sus más nimios actos, porque en cada uno de ellos les iba la vida misma…, la esperanza final de huir de aquel maldito asteroide…

Ken se dominó como pudo y pulsó el resorte. Si no funcionaba ahora era el desastre final. Acaso los «metaloides» lo hubieran desconectado. Eran lo bastante inteligentes para hacerlo.

Pero la fortuna estuvo de su lado, aunque la puerta, a juicio de Ken, tardó un par de segundos más de lo habitual en abrirse. Acaso algo iba mal en la nave, y aquellos leves segundos significaron la angustia más terrible y agotadora para ambos jóvenes terrestres.

—¡Dios mío, Ken! —chilló Ethel—. ¡Por fin…!

Ken, radiante, vio deslizarse la portezuela hacia un lado. Saltó dentro, después de empujar con violencia a Ethel dentro de la nave. Cerró luego tras de sí con fuerzas de cíclope.

Ya los «runoks» corrían dispersos por la planicie, para asaltar por cien sitios la astronave terrestre. Si no se daba prisa, aún llegarían a tiempo. Podían abrir la portezuela e invadir el «Delfín Z». La mente de sus amos sería lo bastante astuta como para guiarles en aquel golpe decisivo. Era precisamente lo que intentaban ahora.

—¡Salvados, Ken! —gimió Ethel, aún en el suelo de la nave.

—¡Todavía no! —rugió Ken, saltando como un tigre hacia los mandos, cayendo sobre ellos, jadeante y enfebrecido.

Golpeó los mandos principales. El «Despegue», la «Aceleración» y la «Altura». Luego se derrumbó en el asiento.

La nave se encabritó, con un estampido ensordecedor de sus reactores, que la ausencia de aire en el asteroide hizo menos poderoso, sin embargo. Arrancó con un brinco fabuloso, despegó con un doble chorro de humo y llamas, que derribó por tierra a miles de seres cautivos e incluso a bastantes «metaloides», y se

lanzó rumbo al cénit, como una flecha escarlata y plateada.

—¡Ahora sí! —rugió Ken Edwards, triunfal y raspado, irguiendo su rostro transfigurado—. ¡Ahora sí que estamos a salvo…, pero eso no es todo, Ethel! ¡Ahora… creo que voy a destruir a los «metaloides»!

II

Tal vez su hipótesis era falsa, en cuyo caso la idea de destruir a la raza maldita fuese una simple utopía. Pero Ken tenía una impresión. Y estaba seguro de que era la cierta.

Si aquella teoría era la atinada, si realmente había encontrado por pura casualidad y deducción lógica, el arma natural capaz de vencer a los «metaloides», entonces acaso la Tierra pudiera aun librarse del azote que la amenazaba.

Pero eso estaba aún por ver.

Ken mantuvo el rumbo y velocidad. Se alejaron, del asteroide. Ethel, acercándose a él, muy pálida y demudada, susurró:

—Ken…, ¿crees…, crees que puedes intentar algo con posibilidades de éxito? ¿No será perder tiempo… y arriesgarse demasiado? Ellos poseen también naves del espacio, pueden aún darnos caza…

—Ya he pensado en ello, Ethel —suspiró Ken, despacio, con la vista fija en los mandos del cuadro de instrumentos—. Y es, precisamente, lo que más me aterra. Saber que «ellos», pese a todo, pueden llegar a nuestro planeta… Pueden aún dominarnos, si logran hallar el medio, como ya lo hallaron una vez. Son muy listos…, muy fuertes, Ethel… ¡y nosotros tenemos que demostrar que somos tan fuertes o más que ellos, tenemos que luchar por sobrevivir!

Ethel exclamó:

—Ken, ya hemos salido con vida de allí… ¿Qué vas a intentar ahora?

—Impedir que cosas como ésta vuelvan a ocurrir en lo futuro. Ahora, Ethel, no se trata solamente de tu vida y la mía. Es que estamos luchando en nombre del género humano. Yo, Ethel, estando en la Tierra, cumpliendo mi segunda misión, me quedé súbitamente libre. De momento, no supe a qué atribuirlo. Luego he

pensado, he tenido ideas… y se me ha ocurrido algo. Algo que pudo haber ocurrido… ¡Algo que vamos a probar ahora mismo!

—¡Ken, no hagas eso! —gimió Ethel—. ¡Noooo!

Pero Edwards, sordo a sus demandas, marcó el nuevo rumbo. Enfiló de nuevo hacia el asteroide «Ulk». El «Delfín Z» descendió hacia el pedregoso y pequeño Mundo.

Ken Edwards esperó a estar sobre la gran planicie, repleta ahora de hombres metálicos y de «runoks». Corrían de acá para allá, confusamente. Alzaron sus cabezas al verle volver.

Ken situó el piloto automático y el rumbo fijo. Se quedó el aerocohete inmóvil, como un helicóptero, sobre el asteroide. Edwards se incorporó, cruzó la cabina, ante la mirada perpleja de Ethel. Llegó a la portezuela, del fondo, la abrió y entró en el gabinete de meteorología.

Sus manos manejaron activamente la máquina. Situó las agujas en los puntos correspondientes de las esferas numeradas y graduadas. Luego oprimió los resortes.

Comenzó a trabajar la máquina de meteorología artificial. Ethel, sorprendida, le contemplaba, sin entender nada absolutamente.

—Pero… ¿qué significa esto, Ken? —preguntó.

Edwards se lo dijo lentamente, tras una pausa, señalando la máquina.

—¿No lo ves, querida? —musitó—. Acabo de situar este aparato creador de fenómenos atmosféricos, justamente en el punto preciso para provocar aquel que más puede dañar a unos seres de metal que jamás tuvieron contacto directo con el oxígeno. Con aquello que puede oxidar su materia, sus tejidos, engranajes…, su propio cerebro… ¡Lluvia!…

—¡Lluvia! —repitió atónita la joven.

—Sí, Ethel… Lluvia…, agua benefactora para el hombre…, ¡quizás el arma natural que significa muerte para esos seres metálicos!

Luego puso a la máxima presión el generador de oxígeno, para crear la atmósfera artificial que contribuiría a crear el posible campo tormentoso que jamás se había conocido en «Ulk».

Solamente una pregunta se hacía Ken, esperando con febril ansiedad el resultado del experimento: ¿llovería?

Y si llegaba a provocar esa lluvia… ¿qué resultados produciría?

Capítulo X

Liberación

I



lovió.

Llovió en forma como jamás Ethel había visto lograr en un ambiente seco, sin aire ni gases. El mágico sistema artificial de climas del Servicio Meteorológico de la Tierra, luchó en «Ulk» con muchos problemas, especialmente la ausencia de atmósfera.

A pesar de ello, allí estaba la lluvia, copiosa, torrencial, creciente, a medida que seguía funcionando el aparato de la nave de Ken Edwards. Y Ken, en vez de reducir su ritmo de creación de lluvia artificial, aceleraba más y más su caudal. Ahora el aguacero era torrencial. Inundaba las planicies de «Ulk»» discurría formando

ríos y torrentes entré las peñas… y penetraba, espumeando a raudales, dentro de las cuevas que conducían a las bases subterráneas de los monstruos metálicos.

Fue la más terrible de las plagas que pudo caer a los «metaloides» de «Ulk».

Tal y como Ken imaginara, la lluvia oxidaba sus tejidos, anquilosaba sus miembros, bajo la acción corrosiva de la humedad jamás sentida por ellos. De ahí aquella sensación de temor reflejada por su mente cuando él era robot y se internó en el espaciódromo del Servicio Meteorológico, para robar el «Delfín Z». El «metaloide» oculto en el bosque había sentido el terror a la lluvia, y Ken lo reflejó en su propia, mente en aquel instante.

Luego la súbita liberación de la esclavitud mental. El óxido, al obrar sobré el «metaloide», lo aniquiló, anulando su cerebro. Y siendo él su directo coordinador en la Tierra, Ken quedó libre.

Aquello lo sabía él, y el doctor Wasserman, en Marte, se lo había confirmado, aunque sin adivinar que la lluvia pudiera ser su arma mortífera. Pero era evidente que los «metaloides» creaban en el cerebro ajeno una doble corriente, de la que sólo utilizaban la propia, anulando la otra. Aquella teoría había surgido a la vista del análisis del propio cerebro de Ken, y por ello, siguiendo un sistema telepático y auto sugestivo, Ken logró llagar a «Ulk» fingiéndose robot, pensando como tal, aislando sus propios pensamientos lejos del alcalice del poder telepático del enemigo, sin que ello fuera óbice para que él siguiera pensando por su cuenta, cuidando siempre de que no fueran leídos esos pensamientos.

Ahora llegaba la confirmación de lo que había sido teoría personal suya. Fue la lluvia la que eliminó a su guardián mental en la Tierra, como ahora estaba derribando, oxidados e inútiles, a docenas de «metaloides» por el suelo del pequeño mundo.

—Ken…, parece que estabas en lo cierto —dijo Ethel lentamente, pegada su rubia cabecita a los grandes visores laterales del «Delfín Z».

—Sí, querida. Ya te dije que debía de ser ése el medio… ¡Y lo fue!

—La lluvia…

—Ya ves cómo hace Dios a sus diferentes criaturas. Lo que unos toleran e incluso agradecen, otros no pueden soportarlo. Microbios,

los más insignificantes seres o materias de la Creación, pueden ser vehículo de vida y de muerte, según a quien vayan dirigidos…

Ethel no dijo nada. Pero se acercó lentamente a él. Se abrazó contra Ken, y susurró:

—Y ahora… ¿qué? ¿Qué esperas hacer, después de esto?

—Seguir esperando.

Ethel preguntó:

—¿A qué?

—A que la lluvia lo inunde todo, y ningún «metaloide» quede con vida. Entonces volveremos a, bajar en ese mundo extraño y fantástico.

—¿Con qué motivo? Si todos han muerto, es mejor volver a la Tierra…

—Espero que no todos hayan muerto, Ethel. Los «runoks» son similares a nosotros. Muchos de ellos pueden sobrevivir a la hecatombe del agua, y ser libres de nuevo, aniquilados sus antiguos amos y señores, los dominadores de sus pobres mentes sometidas.

—Oh, los «runoks». Los había olvidado, pobres criaturas. Sí, Ken, creo que tienes razón… Y si ellos viven todavía, cuando esa lluvia termine, ¿qué crees tú que sucederá?

—No lo sé, Ethel. Pero imagino que entonces podrán disfrutar tranquilos de sus propias vidas y haciendas, seguir como supongo que habrán estado en un pasado más o menos remoto, libres e independientes.

—¿Y de dónde saldrían los «metaloides»?

—No lo sé. Es un misterio que, tal vez, sólo los «runoks» puedan aclararnos satisfactoriamente…

No añadió más. Ambos siguieron mirando hacia abajo, al suelo del asteroide, regado por un diluvió torrencial, por vez primera en su existencia.

La magia meteorológica de Ken Edwards, una vez más, había logrado el prodigio.

Esta vez, más allá de Marte, en las fronteras de lo desconocido… En un pequeño pero terrible mundo, que hubiera sido la amenaza mayor para la Tierra y sus gentes…

II

El «Delfín Z» se posó blandamente sobre el enfangado terreno. Chapotearon las aguas bajo su tren de aterrizaje. La nave roja y plata se detuvo por fin sobre el suelo.

El asteroide entero parecía muerto, sin la menor existencia animal, fuese racional o no. Ethel, apresando con fuerza la mano enérgica de Ken, se resolvió a seguirle en su breve exploración, Cuando salieron del acogedor aerocohete, para aclarar unas dudas, una auténtica incógnita.

—¿Continuará viviendo alguien en este lugar de pesadilla? —susurró Ken para sí.

Ethel se estremeció sin responder. Se preguntaba lo mismo. Acaso al agua, aunque terriblemente justa, fue a la vez terriblemente cruel con quienes no tenían culpa alguna.

Pero aquél era un riesgo que fue necesario correr. Después de todo no eran mucho más seres vivientes cuando sufrían la abyecta, esclavitud de los «metaloides», en las galerías subterráneas del asteroide.

Caminaron un cierto trecho sin encontrar el menor rastro de vida.

Y de pronto ambos giraron con celeridad la cabeza.

A sus espaldas habían sonado pasos. Y un rumor de voces similares a las humanas.

Los vieron allí, ante ellos. Mojados, abatidos todavía por el torrente sufrido, fenómeno que quizás ellos tampoco entendían bien. Ken les miró larga, fijamente. Los «runoks» se expresaron en su propia lengua. Pero Ken aún conservaba las dos corrientes mentales, la propia y la de reflejo de pensamientos ajenos. Pudo captar el significado de las raras palabras proferidas por uno de los «runoks»:

—¿Qué ha ocurrido, hombre de otro planeta? ¿Quién nos ha libertado de la tiranía de loe «metaloides», nuestros amos y señores?

—Yo.

—¿Así, tú eres nuestra nuevo amo y señor?

—No. Sois libres, pueblo «runok».

—¡Libres! —Abrió mucho sus dorados ojos, bajo la pelada cabeza, como si no entendiera el sentido de la extraña palabra—. Libres dices…

—Sí, libres. Todo ser viviente, por el hecho mismo de nacer,

gana su privilegio de libertad. También hubo épocas en que el hombre de la Tierra nacía sin pertenecer a Dios y a sí mismo como únicos dueños, sino que era esclavo desde el nacimiento. Eso terminó hace muchos años. El hombre comenzó a ser libre, y terminó siéndolo, dentro de este pasado siglo. Vosotros habéis logrado serlo ahora, porque yo aniquilé a esos seres. Y de este modo gané vuestra libertad y la de mi pueblo en el futuro.

Se expresaba en lenguaje «runok», gracias a su facilidad mental para ello. Ethel le miraba atónita, sin entender nada. Ken Edwards terminó su relato y señaló a la tierra que le rodeaba.

—Ved todo esto. Es vuestro mundo. Totalmente vuestro. No os dejéis nunca dominar por nadie, sin luchar antes…

El «runok» que hablara antes, inclinó la cabeza y comenzó a contar:

—Nosotros éramos libres, hombre de otro planeta. Pero cometimos el error de ser soberbios y creernos capaces de lograr nuevas vidas más perfectas que las humanas. Creamos así un ejército de «robots» metálicos, con cerebros prodigiosos, movidos por delicadas células electrónicas. Ellos nos lo hacían todo. Nos habituamos a ello, y…

—Y un día se sublevaron contra vosotros, ¿no es así?

—Sí. Eran tan perfectas nuestras máquinas, que vencieron al humano en su rebelión. Eran capaces de pensar por sí solas, se las había dotado de vida continua pero rígida. Su poderosa mente artificial hizo lo demás. Nos redujeron a la condición de esclavos.

—Es fantástico —rió Ken Edwards suavemente—. Los auténticos robots pasaron a ser amos y señores, tiranos que se aprendieron al pie de la letra su lección. Y los dominadores fueron dominados. Eso os enseña algo: no se puede suplir jamás la inteligencia humana con ser artificial alguno. Haced como en la Tierra: allí se ha declarado fuera de la ley a todos los robots e ingenios mecánicos de vida peligrosa. Es el medio de evitar sucesos atroces como éste.

—Tienes razón, hombre de otro planeta. Ahora esperamos haber escarmentado. Y nuestra nueva reina, la heredera de los que entonces eran nuestros reyes y fueron aniquilados por los «robots» en rebeldía.

—¿Vuestra reina? ¿Tenéis una reina en «Ulk»?

—Sí. Se llama Marsha. Y es la más hermosa entre todas las

mujeres «runoks»…

III

—Marsha…

Era ella. La misma hermosa criatura de ojos obrados, cabello azul y prodigiosa figura. La misma mujer que logró seducir sus sentidos, que le cegó, arrastrándole a una trampa de muerte espiritual y mental eterna.

Marsha, reina de los «runoks». Por cruel ferocidad de los «metaloides», elegida como «robot» especial, como destacado agente autómata para sus planes de conquista.

Ahora, rodeada da su séquito, de todos sus cientos, de sus miles da súbditos, les estaba despidiendo en la planicie de donde al «Delfín Z» iba a despegar.

Los ojos dorados miraron fijamente a Ken Edwards, mientras la mano de la reina estrechaba con un calor estremecido la suya.

—Adiós, hombre de la Tierra —musitó ella—. Te deseo mucha suerte. Mi pueblo y yo pensaremos siempre en ti. Sobre todo, yo…

Ken, rápidamente, miró de soslayo a Ethel Munro. Pero, por fortuna, Ethel no comprendía la lengua de los habitantes de «Ulk», porque aún no había sufrido la dualidad mental de los «robots» humanos.

A pesar de ello, Ethel no miraba con excesiva simpatía a la hermosa reina «runok». Tal vea fuera la intuitiva aversión femenina entre mujeres bellas. O acaso algo más indefinible y sutil…

—Ella no nos entiende —sonrió Marsha tristemente. Miró a Ethel con amargura, sin odio en los dorados ojos—. Te felicito, Ken Edwards. Ella es realmente hermosa. Muy hermosa.

—Si, Marsha. Lo es. Gracias por reconocerlo —dijo roncamente Ken.

—Yo siempre reconozco lo que es cierto. Te ruego me perdones, si te es posible. Cuando te hice entrar en aquel vehículo infernal no era yo misma, sino…

—No necesitas disculparte, Marsha. sé lo que eras. Yo mismo traté de entregarles a Ethel. Lo hice, realmente…

—La amas mucho, ¿verdad? —suspiró la reina de Ulk.

Ken asintió:

—Sí. Mucho…

Marsha, murmuró:

—Ya lo veo. En cambio, a mí nunca me amaste…

—Marsha…

—No. Fue una ilusión, un espejismo fugaz, cuando me hallaste en tu desesperación y te ofrecí mi amor. ¿Sabes una cosa, Ken? Creo que ha sido la única vez en que un robot fue sincero en algo…, porque lo prueba el que ahora siga amándote. Come comprendí que te amaba aquella misma noche, tan maravillosa.

Ken dijo:

—Dejemos eso, Marsha. Ahora eres libre. Seas la reina de tu pueblo. Y yo vuelvo al mío. Si alguna vez vas por allá… o yo vuelvo…

—No, Ken —ella meneó su cabeza, despacio—. No ocurrirá nada de eso. Seguiremos nuestros propios destinos, separados por millones de millas de espacio y de mundos. Yo pensaré en ti como algo imposible, recordaré aquella noche eternamente. Tú… lo olvidarás todo junto a tu amada. Y tal vez sea mejor así, después de todo. Lo que yo soñaba era un imposible. Adiós, Ken…, adiós para siempre. Gracias en nombre mío y de mi pueblo, por todo cuanto has hecho…

Se inclinó hacia él. Le besó en la mejilla. Por un momento, sus labios se hallaron tan cerca que Ethel adelantó la cabeza, inquieta. Pero nada sucedió. Se separaron lentamente.

Marsha se quedó atrás, agitando su mano. Con dolor y amargura en sus dorados ojos, que dejaron caer dos gruesas lágrimas por sus tersas mejillas broncíneas.

Ken y Ethel subieron al «Delfín Z». Esta vez definitivamente. Cuando despegaron fue para no volver jamás a «Ulk», el Asteroide…

¡Por fin estaban libres!

El pequeño mundo libertado quedó atrás. Ken Edwards y Ethel regresaron con el «Delfín Z» hacia la Tierra.

Ethel estaba preocupada.

Ella preguntó de pronto, ya en plena travesía del espacio:

—Ken, tú conocías de algo a esa hermosa mujer, ¿verdad?

Él se estremeció.

—¿A Marsha, la reina? —asintió despacio—. Sí, Ethel. Y voy a contártelo. Creo que, de ahora en adelante, es mejor que no haya

falsedades entre nosotros. Te contaré mi aventura increíble de una noche desesperada…, mi inesperado encuentro con Marsha…

Hizo una pausa, se inclinó, y la besó suavemente la mejilla.

Ken exclamó:

—Ah… Y también te contaré lo que piensa hacer contigo en lo futuro el ex técnico meteorológico Ken Edwards…

Ethel dijo:

—Ken, otra vez dijiste igual y…

Ken dijo:

—No, no. Ahora es muy diferente. Palabra, Ethel. Se han terminado las aventuras…, excepto la que vamos a abordar tú y yo dentro de muy poco. Justamente, en cuanto lleguemos a la Tierra. Nos casaremos sin perder tiempo.

—¡Ken!

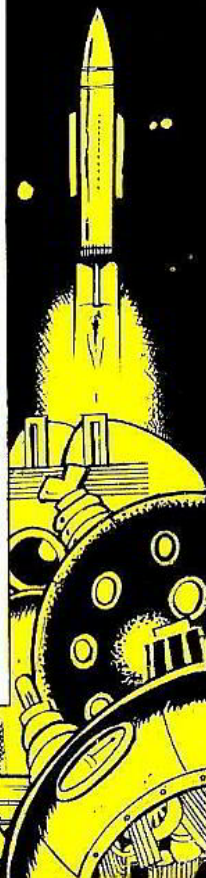
—Prometido…, de verdad.

Se inclinó y la besó.

Ethel tuvo que empezar a creerle.







Escena de la película **EL ABOMINABLE HOMBRE DE LAS NIEVES** (20th Century Fox)

Precio en España: 6.- ptas. En Argentina: 9 pesos



ENRIQUE
SÁNCHEZ
PASCUAL.
Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo

de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.